

jóvenes que formaban parte de la guardia personal del señor Madero.

Cosío Robelo, a pesar de su arrojo, fué derrotado y regresó a Cuernavaca con los restos de su desgraciada expedición. Zambrano llevó a cabo hazañas inverosímiles, y cayó al fin en Jojutla, combatiendo contra las hordas de tuerto Morales.

El Gral. Juvencio Robles se hizo cargo de las operaciones en Morelos, y Madero le ofreció que, si regresaba triunfante, la banda de divisionario sería el galardón de su victoria.

Robles llevó a cabo una enérgica e inhumana batida contra los rebeldes; reconcentró en Cuernavaca, Cuautla, Jojutla y otras plazas a los moradores de Morelos y destruyó las pequeñas poblaciones, a las que llamaba «madrigueras de zapatistas». En un solo día ardieron más de quince aldeas, y de los escombros humeantes surgían centenas de campesinos, aullando como lobos perseguidos por los cazadores, y se refugiaban en las montañas, donde no tardaban en engrosar las partidas rebeldes.

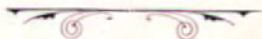
Esta bárbara medida, no dió el resultado apetecido; al contrario, aumentó y justificó la rebeldía, y la guerra se recrudeció, adoptando un carácter aún más salvaje.

Ya sólo corrían entre México y Cuernavaca trenes con tropas, que eran frecuentemente asaltados y destruidos. Algunas veces transcurría más de un mes sin que ocurriera el menor incidente en la vía férrea; los habitantes adquirían confianza y resolvíanse a viajar. De pronto, circulaba en México la abrumadora noticia de que, al llegar a una curva donde faltaban varios rieles, el tren había descarrilado; que, acto continuo, en las lomas vecinas habían resonado los aullidos de los zapatistas, mezclados con disparos de fusil; que la pequeña tropa que escoltaba el tren había trabado combate con los rebeldes y había sido exterminada; que los pasajeros habían sido despojados hasta de sus ropas, y las mujeres de sus alhajas y de su honor, que es joya de más valía, y que, finalmente, después de pillar el convoy, lo habían incendiado, no restando al cabo de rato más que un confuso amontonamiento de ruedas y de hierros retorcidos por la acción del fuego, cadáveres a medio incinerar sobre la vía, y en el cielo una bandada de negros zopilotes...

Robles no logró exterminar el zapatismo, porque para ello hubiera sido preciso que acabara hasta con el último habitante de Morelos, y aunque se apoderó de todos los puntos estratégicos y destruyó los almacenes de provisiones que en cuevas ignoradas tenían los rebeldes, no consiguió dominar el inquebrantable corazón de los campesinos surianos, que morían a cen

tenares, lanzando sus sombreros al aire y gritando: «¡Viva el general Zapata!»

La revolución zapatista era formidable; pero contra ella tenía el Presidente Madero el apoyo de la sociedad mexicana. Por eso, después de romper los fuertes núcleos zapatistas, fijó su atención en el norte, donde la borrasca se avecindaba, cubriendo con sus inmensas alas negras el horizonte.



Capítulo XI

b

La traición de Orozco

Desde el triunfo de la revolución, Pascual Orozco era un problema para don Francisco I. Madero.

Conferirle el grado de general del Ejército regular, era imposible. Los viejos generales, que habían encanecido en los gabinetes de estudio y en los cuarteles de las circunscripciones militares, y los jóvenes capitanes que habían salido de las aulas de Chapultepec a los campos de batalla, hubieran protestado. Madero optó por suprimir la quinta zona que correspondía al Estado de Chihuahua, y nombrarlo jefe de la misma con el carácter de comandante de rurales.

Una vez Orozco en la capital de Chihuahua, el elemento terracista, adicto a la política del Presidente de la Barra, lo rodeó, endiosándolo con sus lisonjas y ganándose su afecto.

Lanzada la candidatura de don Abraham González para Gobernador del Estado, el cientificismo quiso lanzar la de Pascual Orozco, para suscitar así una división en el campo revolucionario; mas Orozco, ya fuese porque comprendiera que se le tendía un lazo o porque no juzgara prudente descubrir sus ambiciones, no aceptó la designación, y don Abraham fué electo por unanimidad.

El reyismo, que adivinaba los recónditos anhelos de Pascual Orozco, intentó atraerlo a su partido, y con este objeto lo nombró Presidente Honorario de su Convención.

Pascual Orozco aceptó friamente este honor, y continuó guardando una actitud enigmática.

Orozco, por r/edio de su padre, había presentado una reclamación al Ministerio de Hacienda por valor de cien mil pesos. De éstos, Madero consideró justo que se le pagara la mitad calculando que, en efecto, tanto el padre como el hijo habían

sufrido algunos perjuicios durante la revolución, si bien el valor de las armas, caballos y pertrechos facilitados por ellos, no subía ni con mucho a la suma indicada.

No satisfecho Orozco con la mitad de la suma reclamada, envió varias veces su padre a México a tratar con don Francisco I. Madero respecto de ese asunto; mas fué en vano, pues el caudillo se mostró irreductible.

Argüía Orozco para que se le hiciera este pago, que el Ministerio de Hacienda le había entregado a don Gustavo Madero la suma de \$319.500-00 oro americano por idéntico motivo y sin necesidad de comprobantes. Esto último era inexacto, pues Gustavo presentó un detalle de su cuenta al señor de la Barra, quien ordenó que se le pagara, de acuerdo con lo convenido en Ciudad Juárez (1).

Madero era hombre sumamente escrupuloso en materia de dinero, y no estaba dispuesto a consentir que los cabecillas rebeldes entraran a saco con el Tesoro Público. De ahí las retenciones y la conducta cada vez más enigmática de Pascual Orozco.

En la época en que el ingeniero García Granados ocupó el Ministerio de Gobernación contra la voluntad manifiesta de Madero, Orozco se presentó en México y fué muy agasajado por el elemento oficial. De la Barra le dispensó una cordial acogida, y Orozco regresó a Chihuahua sumamente complacido.

Así las cosas, se hizo cargo de la Presidencia el señor Madero, y el día de la inauguración, Orozco cabalgó a la portezuela de su carruaje.

Don Porfirio ese día se hubiera deshecho de Orozco como se deshizo de todos sus enemigos. Madero, no; odiaba la traición, y aunque sospechaba de Orozco, lo dejó volver a Chihuahua, como dejó a Zapata regresar a Morelos.

Al estallar la revolución vazquista, Orozco no hizo nada para sofocarla, y aunque capturó a Antonio Rojas, luego le facilitó la fuga.

Ocupada Ciudad Juárez por Salazar y Campa, el deber de Orozco era recuperarla a todo trance, y en vez de hacerlo así, renunció su cargo ante el Gobernador del Estado, creándose de este modo una situación gravísima.

(1) A \$ 319.500 00 oro americano ascendió el monto total de la indemnización pagada a la familia Madero, suma que comprendía la compra de armas, municiones y equipos, los honorarios de los abogados que se ocuparon de influir en Washington, en New York, en San Antonio y en El Paso en favor de la Revolución, los gastos de las Agencias confidenciales, la campaña en la prensa americana, las expediciones, viajes, etc., todo debidamente documentado. En esta suma no estaba incluido lo que Madero gastó de su peculio personal en la campaña política y más tarde en la Revolución.

El Presidente de la República no aceptó la renuncia; mas-Orozco, considerándose ya desligado del Gobierno, se declaró francamente en rebeldía el 3 de marzo, arrastrando en su defección a todo el cuerpo de rurales que comandaba.

Era en aquellos días Gobernador constitucional del Estado don Abraham González, quien, creyendo con su presencia calmar los desórdenes vazquistas, pidió licencia al señor Madero para separarse del Ministerio y hacerse cargo del Ejecutivo de Chihuahua.

Don Abraham, como burlescamente lo llamaban los científicos de México, era un hombre honradísimo y austero, y representaba en el Gabinete al elemento netamente popular. Refiérese de él que vistió por primera vez levita y calzó guantes el día en que juró el cargo de Gobernador de Chihuahua. En México hallábase muy estrecho dentro de la etiqueta y añoraba las costumbres sencillas de la sierra. Su lenguaje, era pintoresco y gráfico. Cuando supo que el general Reyes se había internado en el Estado de Nuevo León, exclamó: «¡Reyes no hará nada porque le tiemblan las corvas!» De Zapata decía que con él sólo se podía «platicar a tiros». Don Abraham era todo un carácter, y Madero tenía un altísimo concepto de él, hasta el extremo de que una vez en el seno de la intimidad, como se le preguntase quién le agradaría que lo sucediera en el mando, contestó: «Abraham González o Venustiano Carranza».

Una vez en Chihuahua, don Abraham trató de disuadir a Orozco de su funesta actitud, y cuando comprendió que ya no había remedio, envió un propio a Francisco Villa para que con sus tropas viniera a ocupar la capital del Estado. Villa recibió el recado, y a la cabeza de seiscientos hombres se dirigió a Chihuahua a marchas forzadas.

Orozco, que se había hecho proclamar ya Jefe de la revolución, salió a combatir a Villa con fuerzas muy superiores, y después de un combate reñido, lo rechazó hasta El Saúz.

Los rebeldes vazquistas Campa, Salazar, Campos y Rojas se apresuraron a reconocer a Orozco como jefe supremo del movimiento, demostrando con esto que desde hacía ya mucho tiempo lo consideraban como tal. Salazar y Campa se dirigieron a Chihuahua, y Orozco padre se hizo cargo de la jefatura de la guarnición de Ciudad Juárez.

Don Abraham González había desaparecido. Se le buscó durante varios días, y nadie supo dar razón de él, hasta el punto de suponérsele muerto.

La traición estaba, pues, consumada.

En México, el primer sentimiento fué de estupor general.

Luego, la indignación estalló como una onda colérica y arrolladora. Se llamaba a Orozco «Judas» y «Atila del Norte», comparándosele con Zapata, el «Atila del Sur.»

El Ministro de la Guerra, general José González Salas, varón pundonoroso y valiente como los antiguos espartanos, pidió al señor Madero el mando del primer ejército que saliera a combatir a Orozco.

Esta resolución habíala tomado el heroico jefe instigado por su afecto al Presidente Madero y como un medio de abandonar el Ministerio, donde sólo había cosechado sinsabores, pues la prensa lo hacía responsable de los desastres sufridos por las tropas en Morelos, y ya la opinión pública lo señalaba como inepto o negligente. Tan injustas como acerbas censuras, concluyeron por exasperar al distinguido jefe, y ansioso de dirigir la campaña de Chihuahua, preparó su expedición con una rapidez que ponía de relieve el estado de su ánimo.

La columna expedicionaria, fuerte en dos mil hombres, al mando de jefes tan experimentados como Blanquet y Riveroll, desfiló por la Plaza de la Constitución, y Madero la arengó desde el balcón central de Palacio.

«¡Soldados!—exclamó Madero con voz potente en medio de un silencio majestuoso—vais a Chihuahua a combatir contra aquellos que ayer me siguieron en la reconquista de nuestras libertades y que hoy por funestas ambiciones quieren ensangrentar el suelo querido de la Patria... Ayer aquellos hombres luchaban por una causa justa, y vencieron; mas hoy todo ha cambiado, y sois vosotros los que vais a luchar y a vencer por el principio de la legalidad y por los sagrados fueros de la nación mexicana. ¡Vais a enseñarle a Pascual Orozco que, si ayer fue invencible detrás de los peñascos de Chihuahua, fué porque la causa de la justicia es invencible, y él llevaba una bandera que siempre ha triunfado en todos los pueblos; mas hoy con la ambición por bandera y sin prestigio y sin honor, tendrá que caer delante de vosotros, humildes y abnegados defensores de la libertad y de la ley!

«Al regresar a vuestros hogares con la frente coronada de laureles, podréis decir: «Hemos cumplido con nuestro deber», y si acaso encontráis la muerte en las llanuras abrasadas o en las abruptas serranías de Chihuahua, la Patria os recordará con cariño, porque habréis muerto en defensa de sus leyes!»

El numeroso pueblo allí reunido respondió con una aclamación inmensa a esta vibrante arenga, y los bravos *juanes*, (2)

(2) Mote cariñoso con que el pueblo de México distinguía a los soldados del Ejército regular.

silenciosos e impasibles, continuaron desfilando hacia la estación del Central.

Era ya de noche, y al paso de los soldados, el pueblo de los arrabales salía a obsequiarlos y agasajarlos, y así entre victores y aplausos, ocuparon los carros que debían conducirlos a Torreón.

La columna del general González Salas llegó a Torreón sin la menor novedad y casi inmediatamente se dirigió al campo de operaciones.

Las chusmas de Cheché y de Argumedo habíanse ya unido al grueso del ejército de Orozco, y la hermosa región lagunera se encontraba completamente libre de enemigos.

De Villa nada se sabía. Después del combate en las goteras de Chihuahua, el famoso guerrillero se internó en el desierto, y algunos suponían que se había dirigido hacia Ojinaga, donde estaban el general San Ginés y José de la Cruz Sánchez con quinientos hombres leales.

El general San Ginés fué enviado a hacerse cargo de la guarnición de Ciudad Juárez poco antes de que la plaza cayera en manos de Salazar y Campa, de modo que, cuando llegó a El Paso, ya la ciudad estaba en poder de los rebeldes. Entonces se dirigió a Ojinaga y se ocupó en disciplinar e instruir la pequeña fuerza exrevolucionaria que había permanecido fiel.

Orozco se apoderó rápidamente de Santa Rosalía y Jiménez, y avanzó en varios trenes hasta Rellano, pequeña estación del Ferrocarril Central. Allí estableció un campo atrincherado y esperó el ataque del general González Salas.

El cañón de Rellano está formado por varias pequeñas colinas entre las que la vía tuerce para dirigirse a Jiménez, y es una posición estratégica de primer orden. La batalla, no se verificó precisamente allí, sino en la vecina estación de Corralillo, que dista unos dos kilómetros.

El general González Salas salió de Torreón en varios trenes militares, a la cabeza de dos mil quinientos hombres, sin conocer exactamente la posición del enemigo, pero presumiendo encontrarlo en el camino. Llevaba una excelente artillería de campaña, y parque y provisiones abundantes. Como segundos, tenía a dos de los jefes más bravos y entendidos del ejército federal: Trucy Aubert y Aureliano Blanquet.

Una máquina exploradora marchaba delante de los convoyes para evitar una sorpresa.

En Escalón las fuerzas entraron en contacto con una avanzada de Emilio Campa, que se replegó al grueso del ejército

orozquista. El fuego de los disparos o un fragmento de granada incendió la pradera, y los heridos que el enemigo no pudo llevarse perecieron abrasados.

Allí se supo, por uno de los prisioneros, que Campa había preparado una máquina infernal cargada de dinamita hasta los topes para lanzarla a todo vapor contra los trenes federales, y el general González Salas dispuso, para evitar este peligro, que la vía fuera abierta en Corralillo, de modo que ambos extremos de la misma, afianzados por gruesas cadenas, formaran dos escapes divergentes.

En esta forma, parecía materialmente imposible que la máquina loca pudiera chocar con los trenes federales.

Serían las diez de la mañana cuando los clarines del ejército anunciaron la presencia del enemigo, y a poco se vió venir de Rellano la terrible locomotora que llevaba en sus entrañas una carga de tres mil libras de pólvora y dinamita. Fué un momento de tremenda ansiedad. La locomotora llegó a Corralillo con una velocidad espantosa, y en el momento en que se esperaba que descarrilaría, dió un salto, y salvando el espacio en que la vía estaba abierta, se encarriló de nuevo, y en medio del estupor y del espanto de los que la observaban, prosiguió su fantástica carrera hasta chocar con el primer tren federal.

Una detonación sólo comparable a cien truenos que estallarían a la vez, retumbó en la llanura, y el eco, con mil leguas de bronce propagándose en Rellano y en las colinas circundantes, anunció a Orozco y a los suyos el éxito de la infernal estratagema, y un aullido de triunfo brotó de las filas del ejército orozquista.

En el campo federal todo era consternación y horror. Varios furgones habían volado, y por la llanura yacían esparcidos fragmentos de ametralladoras y fusiles, mezclados con los miembros sangrientos de más de cien infelices... Acto continuo, estalló la espantosa gritería de los orozquistas, y un infierno de balas llovió sobre los trenes federales.

La sorpresa fué terrible, y en los primeros momentos murieron más de doscientos soldados. Las fuerzas de Campa, Salazar, Caraveo, Rojas y Cheché Campos, cargaron por todas partes, sumando en conjunto ocho o diez mil hombres.

González Salas ordenó a la columna Blanquet que desalojara a Orozco de sus posiciones de Rellano, y a Trucy Aubert que con la artillería destrozara uno de los flancos del enemigo. Mas estas operaciones tardías no obtuvieron el éxito deseado. Trucy Aubert se vió cortado y lanzado lejos del cuerpo principal

del ejército, y la columna Blanquet, no apoyada por el fuego de la artillería, principió a retroceder hacia los trenes, batiéndose con encarnizamiento.

Lo impetuoso del ataque impidió que parte de la artillería pudiera ser bajada de los carros, y sólo una batería entró en acción. Trucy Aubert, abrumado por un número cinco veces superior, se retiró ordenadamente, perdiendo uno o dos cañones. Blanquet, que había atacado una de las colinas a la cabeza del famoso 29 batallón, se vió también obligado a replegarse, y ejecutó una brillante retirada, retrocediendo por escalones, esto es, ejecutando esa difícilísima y admirable maniobra que consiste en quitar sucesivamente escuadras del frente y colocarlas a una retaguardia que vuelve a ser vanguardia, sin cesar de combatir y presentando siempre el rostro al enemigo.

A las 2 p. m., González Salas comprendió que la batalla estaba perdida, y ya sólo se preocupó de salvar los restos de su desgraciada expedición. Su sangre fría no se desmintió un solo instante, y estuvo constantemente en la línea de fuego bajo el huracán de las balas enemigas. Cuando embarcó el último soldado y la última caja de parque, dió la orden de retirada, y los trenes se movieron lentamente rumbo a Torreón, sin ser hostilizados por los orozquistas, que habían sufrido enormes pérdidas. A lo lejos, se escuchaba aún un fuego nutrido de fusilería. Era Trucy Aubert que se retiraba.

Ya en su carro especial, se le representó a González Salas la magnitud del desastre; de la gallarda división sólo restaban mil hombres escasamente; ochocientos habían quedado en el campo, y Trucy Aubert sin duda había perecido con sus valientes compañeros. Blanquet, herido en un pie, sólo había logrado salvar los restos de su heroico batallón. Preguntó por la artillería, y se le dijo que había caído en poder del enemigo. Este último golpe acabó de trastornarlo. Pensó en su honor de soldado, en el Gobierno, a quien este desastre ponía al borde del abismo, en la Prensa, que de nuevo lo haría blanco de sus acerbas censuras, y en el Presidente, a quien le había ofrecido regresar victorioso. Una nube roja se interpuso ante su vista, y el relámpago de una resolución siniestra brilló en sus ojos. . . . y mientras el tren corría veloz hacia Torreón, el General González Salas, con mano firme, se aplicó a la sien el cañón de su revólver, y se voló la tapa de los sesos.

Los trenes regresaron ya entrada la noche a Torreón, donde se tenían presentimientos de la derrota. Un enorme gentío llenaba la estación, y en medio de un lúgubre silencio desfilaron los restos de la brillante división, llorando la muerte de su general.

La noticia del descalabro de Rellano causó honda consternación en México, y se temió por la estabilidad del Gobierno. A poco, los extraordinarios de los periódicos dieron a conocer los detalles de la acción, y cuando se supo el suicidio del General González Salas, algo así como un estremecimiento de asombro y de dolor sacudió a la Nación mexicana, y la trágica figura del heroico militar, que no había querido sobrevivir a la afrenta de la derrota, cruzó el escenario de la Historia como uno de esos personajes que no alcanzaron a imaginar Sófocles ni Esquilo.

Sin justificar nunca el suicidio, no podemos menos de sentirnos sobrecogidos de admiración ante el gesto de pundonor y de bravura que dignificó al ejército, y a la nación mexicana, y que demostró al mundo que la estirpe de los héroes aún no ha desaparecido y que en esta edad de torpe utilitarismo aún hay hombres que estiman más su honor que su vida.

El general González Salas contaba cincuenta y tres años, y era alto, de regular complexión y de simpática fisonomía. Militar de escuela, se había distinguido siempre como excelente táctico y hábil organizador. Desgraciadamente, unía a estas cualidades un carácter violento y un exagerado amor propio que, a la postre, habían de perderlo. Aborrecía a la prensa, cuyas críticas lo ponían fuera de sí, y los periodistas, abusando de la libertad que generosamente les había brindado Madero, gozábanse en hundir sus plumas envenenadas en su reputación. González Salas por ello les negó la entrada al Ministerio de la Guerra, y cuando en Corralillo vió a un corresponsal de uno de los diarios mexicanos, montó en cólera, y le ordenó que, si en algo estimaba su vida, se retirara de allí inmediatamente, pues no quería libelistas en el ejército. Adicto al señor Madero, no consentía que ninguno lo zahieriera en su presencia, y procuraba rodearlo de una atmósfera de simpatía entre sus subalternos. El Presidente Madero, al perderlo, perdió no sólo un amigo leal, sino el lazo de honor y de respeto que ligaba al ejército con el Supremo Poder de la República.

La muerte de González Salas inspiró al poeta Mateos un soneto digno de Byron o de Heredia, en que el bardo, después de pintar con mano maestra la desesperación del héroe al ver perdida la batalla, terminaba con un pensamiento sublime. González Salas, no encontrando en la hora postrera a nadie digno de recibir su acero,

«llamó a la muerte, y le entregó su espada!»

Madero le tributó espléndidas exequias al infortunado Jefe, y nombró para sustituirlo al general de brigada Victoriano

Huerta, militar de escuela que gozaba de grande y merecida reputación en el ejército.

Huerta contaba de cincuenta y cinco a sesenta años de edad y era nativo del Estado de Jalisco. Su origen no podía ser más humilde, pues pertenecía a una familia de pobres campesinos, e hizo su carrera desde soldado, elevándose a fuerza de ambición y de talento. Su aspecto físico era el reflejo de su semblanza moral e infundía instintiva repulsión. Era un indio de pura raza, de pequeña estatura, rostro atezado, piel rugosa, elástica y llena de escamas como la de un sapo, boca simiesca que al sonreír mostraba unos dientes renegridos por el abuso del tabaco, labios con grandes comisuras y llenos de pelillos entrecanos. nariz informe sobre la que cabalgaban oscuras antiparras, cabellos lacios y ojos negros, pequeños y huraños; en suma, una hiena con figura humana cuyo corazón petrificado era incapaz de abrigar el menor sentimiento generoso y podía compararse a un peñasco árido y escueto donde la misma hiedra era incapaz de medrar y en cuyas oquedades nunca una ilusión bendita formó su nido.

Madero, cuando lo vió por primera vez, sintió esa extraña sensación que llaman presentimiento y que los psicólogos aún no han podido definir, y cuando estrechó su mano le pareció tocar la piel fría y húmeda de una serpiente. Entonces, creyendo haber sorprendido un hilo de la negra trama con que Reyes y los científicos pretendían envolverlo, lo acusó de conspirador; mas con el tiempo dió al olvido este incidente y brindó por su salud en el famoso banquete de la conciliación, que se verificó en los jardines del Eliseo.

Huerta no salió inmediatamente para el norte sino que preparó con exquisito cuidado la nueva expedición. Embarcó primero un brillante tren de artillería, escogiendo personalmente las piezas, como jefe experimentado que sabe que no debe descuidar el menor detalle; envió luego tiendas de campaña, cajas de parque, puentes portátiles, instrumentos para recomponer la vía férrea y para cavar y construir trincheras, automóviles, provisiones medicinas, etc., y cuando ya todo lo hubo dispuesto, se despidió del señor Madero, quien le dijo sencillamente: «General, en vuestras manos encomiendo la suerte de la República, id y regresad victoriosos», y se dirigió a Torreón en compañía del Comandante Rubio Navarrete, a quien se reputaba como el primer artillero de México, y del joven hermano del Presidente, Raúl, quien iba a hacerse cargo de un cuerpo de rurales.

Se ignoraba aún la suerte de Tracy Aubert, quien, después de una lucha encarnizada, había logrado internarse en el desierto, y mientras unos temían que hubiera caído prisionero, otros lo hacían triunfante y en posesión de la ciudad de Jiménez. Al fin

después de varios días de incertidumbre y de angustia, Trucey Aubert llegó a Mapimí con sus valientes soldados, y fué recibido con aclamaciones de entusiasmo. La marcha a través del desierto había sido penosísima; el hambre, la sed, el polvo, el calor . . . Había tenido que abandonar varios cañones en un barranco de donde materialmente le fué imposible sacarlos, y tenía que lamentar la pérdida de unos veinte oficiales que habían sido hechos prisioneros por los oroquistas; pero, en fin, él estaba allí sin novedad, con el resto de su valiente y sufrida tropa.

El telégrafo por sus innumerables hilos semejantes a una red nerviosa, transmitió hasta los rincones más remotos de la República la gratisima noticia, y el Presidente en persona la comunicó a la esposa del heroico Trucey Aubert.

¡Entonces las alegrías del Ejército eran las alegrías del pueblo, porque el Ejército defendía al Gobierno emanado de la voluntad popular, y Pueblo, Gobierno y Ejército eran una trinidad que representaba a esa unidad sublime que se simboliza en la bandera: la Patria!

Orozco no supo sacar partido de su victoria, y en vez de avanzar sobre Torreón, donde se le esperaba de un momento a otro, regresó a Chihuahua, dejando a Campa y a Salazar el cuidado de acabar con Villa, quien, en el mismo momento en que Trucey hacía su sensacional aparición en Mapimí, acababa de apoderarse de Parral, población de alguna importancia situada no lejos de Jiménez y unida a ésta por un brazo del Ferrocarril Central.

Campa, al frente de unos mil hombres, atacó a Villa, quien lo derrotó haciéndole un centenar de muertos. En esta acción le fué de grandísima utilidad al caudillo maderista una ametralladora que manejó con mortífero efecto un artillero americano; mas atacado Villa al día siguiente por todo el grueso del ejército de Salazar, se vió obligado a abandonar la plaza, dejando en poder del enemigo algunos prisioneros que fueron fusilados en el acto. Las tropas victoriosas se entregaron al vandalismo, y aún exhumaron cadáveres del cementerio para apoderarse de las alhajas con que algunas familias entierran a sus deudos.

Villa se internó en el Estado de Durango, y después de una marcha fatigosa, se presentó con trescientos hombres en el campo atrincherado de Mapimí, desde donde se comunicó con el Presidente Madero, quien lo felicitó por sus hazañas y le indicó que se pusiera a las órdenes del General Huerta,

En tanto, Orozco organizaba su gobierno en Chihuahua, y el furibundo porfirista Gonzalo Enrile, ex-agente de Creel en San Antonio, se instalaba en el palacio del Ejecutivo en calidad de favorito o privado del caudillo rebelde.

El Lic. Juan Prieto Quemper y Manuel Luján, ambos miembros del grupo terracista, fueron nombrados agentes confidenciales ante el Gobierno de Wáshington, y el nuevo bando revolucionario fué bautizado con el pomposo nombre de «Partido Liberal» y adoptó como divisa el color rojo.

Los «liberales» vazquistas tenían alguna relación con los disidentes del verdadero Partido Liberal que dirigía el ilustre Iglesias Calderón, los cuales también se habían coaligado contra Madero.

El orozquismo, pues, tenía sus nexos con los científicos, con los vazquistas y con los disidentes del Partido Liberal.

El Lic. Emilio Vázquez Gómez, que era la causa de todos estos desórdenes, resolvió, después del triunfo de Orozco en Rellano, dirigirse a Ciudad Juárez para organizar su Gobierno.

Llegó en efecto a El Paso, y cruzó el puente internacional, donde lo esperaba Pascual Orozco padre, y se instaló en el edificio de la Aduana. Inmediatamente, procedió a nombrar su Gabinete, y escogió como Ministro de la Guerra a Orozco, recibiendo la investidura, en ausencia de su hijo, el viejo Pascual, que no cabía en sí de gozo.

Mas no encajaba en los planes del jefe fronterizo que el Lic. Vázquez Gómez alcanzara la Presidencia, y los científicos tenían a su lado a Enrile para jugarle un bromazo al bueno de don Emilio. El caso es que, no bien supo Orozco que el Lic. Vázquez Gómez se había proclamado Presidente Provisional, le telegrafió airado, manifestándole que, conforme al Plan revolucionario, nadie debía hacerse cargo de la Presidencia hasta la hora del triunfo, en que una Asamblea de Jefes designaría al Jefe Supremo; y que, por lo tanto, su audaz proclamación constituía un atentado que no estaba dispuesto a tolerar, y que ya daba órdenes severas para que se le expulsara del territorio.

Al recibir este enérgico mensaje, tembló don Emilio, y le faltó tiempo para recruzar el puente internacional en compañía de sus flamantes Ministros, con profundo asombro del viejo Orozco, que no acababa de comprender el intríngulis y que se deshacía en excusas, lamentándose de que su hijo no aceptara la brillante posición que le había ofrecido «el señor Presidente», como llamaba ya al Lic. Vázquez.

Así terminó su carrera política, de un modo inesperado y grotesco, el hombre que osó enfrentarse a Francisco I. Madero y que, en su soberbia, se llamaba el genuino representante de la Revolución. Especie de Triboulet ingerto en un Falstaff, Emilio Vázquez cayó como debía caer en el escenario del gran teatro de la Revolución: en medio de la rechifla universal.

Mientras Orozco perdía un tiempo precioso en estas intri-

gas, Huerta acumulaba en Torreón elementos de guerra, y fortificaba Bermejillo y Mapimí. El segundo jefe del Estado Mayor de Madero, teniente coronel Luis Garfias, formaba en Saltillo, como auxiliar del gobernador don Venustiano Carranza, un cuerpo de carabineros, y las milicias de Coahuila, al mando del comandante Guajardo, se disponían a cooperar eficazmente al restablecimiento de la paz.

Don Venustiano, con el mismo entusiasmo con que en 1910 abrazó el partido de la Revolución, se aprestó esta vez a combatir al oroquismo, y a su valeroso empeño se debió que el Estado de Coahuila quedara pronto libre de enemigos.

Cerca de un mes transcurrió sin que se verificara el menor encuentro, y cansado Villa de esta forzada inacción, y no comprendiendo los planes de Huerta, levantó el campo y se dispuso a atacar a Orozco por su cuenta y riesgo. Sabe el generalísimo que Villa está movilizandó su pequeña tropa, y airado envía una fuerza para prenderlo. Villa, copado, tiene que rendirse, y Huerta ordena que se le fusile inmediatamente. Fórmase el cuadro, y Villa se dispone a morir. En ese supremo instante llega Raúl Madero, y ordena que se suspenda la ejecución; corre a ver a Huerta, le recuerda los méritos de Villa y el disgusto con que el Presidente recibiría la noticia de su fusilamiento, y le pide que consulte a México antes de proceder contra el culpable. Si en aquel instante el velo del porvenir se hubiese rasgado y Huerta hubiera podido columbrar el papel que Villa estaba llamado a desempeñar en la tragedia de su vida, jamás hubiera accedido a suspender la ejecución, sino que con sus propias manos hubiera ajusticiado a su víctima; mas un triple velo ocultaba el futuro, y Huerta, cuya posición aún no era muy sólida, no se atrevió a disgustar al Presidente, y mientras ponía el caso en su conocimiento, ordenó que el reo fuera conducido de nuevo a la prisión.

Madero no podía poner en libertad a Villa, por consideración al jefe de la campaña del Norte, ni podía dejarlo en poder de éste, por temor de que lo fusilara. Así, ordenó que el preso fuera conducido a México e internado en la prisión de Santiago (1)

(1) ¿Qué pensamientos más sombríos debieron agitar el alma de Villa cuando penetró bajo las oscuras bóvedas y sintió tras sí cerrarse como una losa la pesada puerta de la prisión!

Sobre el escritorio del Presidente Madero, vi una vez una carta escrita en gruesos y toscos caracteres. Era de Villa, y en ella el infeliz guerrillero recordaba al Presidente sus muchos y desinteresados servicios y le describía con sombríos colores su estancia en la prisión, rogándole que, pues ningún delito había cometido, lo pusiera en libertad.

¿Nadie hubiera podido prever, leyendo esta carta, el brillante porvenir de Villa y la infortunada suerte de aquel de cuyas manos pendía en aquellos momentos su vida!

Es evidente que amigos del Gobierno le proporcionaron a Villa los medios de fugarse de la prisión, y este era uno de los motivos del odio que Huerta en el fondo de su alma le profesaba al magnánimo Madero.

Más tarde le facilitó la fuga, fraqueándole las puertas de la cárcel con el objeto aparente de que rindiera una declaración ante el juez. Villa, en un momento en que se le dejó a solas, limó los barrotes de la reja de la sala del juzgado, y huyó sin que nadie lo persiguiera.

A tiempo escapó. Tres meses después hubiera corrido la misma suerte que el desventurado Gabriel Hernández.

Diplomáticamente, el Gobierno de Madero alcanzó un brillante triunfo, obteniendo del Gobierno de Washington que prohibiera la exportación de armas y municiones para los rebeldes a través de la aduana de Ciudad Juárez, con lo que la revuelta recibió un golpe mortal. El Presidente Taft, por otra parte, no quiso recibir a los agentes orozquistas, y éstos tuvieron que regresar a Chihuahua, furiosos por el mal éxito de sus gestiones.

El dinero principió a escasear en el campo de los rebeldes, y a consecuencia de la falta de pago, en Jiménez hubo algunos conatos de sedición, que Orozco conjuró pagando parte de su haber a los soldados.

La inactividad de Huerta podía ocasionar la disolución del ejército rebelde, y tarde comprendió Orozco que había perdido lastimosamente el tiempo.

Entonces, con el objeto de flanquear a los federales, ordenó a Salazar que se posesionara de Monclova y de Saltillo.

Salazar, a la cabeza de cuatro mil hombres, se apoderó del ferrocarril que conduce al mineral de Sierra Mojada, y avanzó hasta Cuatro Ciénegas, a través del Bolsón de Mapimi.

Este movimiento llegó a noticia de Huerta, quien ordenó al general Trucy Aubert que se dirigiera a Monclova por la vía del Internacional Mexicano.

Así, cuando las fuerzas hambrientas y fatigadas de Salazar desembocaron en el Cañón de Ciénegas, encontráronse con las de Trucy Aubert y las del comandante Guajardo, que guardaban todos los pasos. El combate se trabó con notable desventaja por parte de Salazar, que tuvo que abandonar el campo, dejando más de mil muertos, heridos y prisioneros en el lugar de la acción.

Salazar regresó a Chihuahua con los restos de su malhadada expedición, a tiempo de asistir a la batalla de Conejos, a la que también asistió, por parte de los federales, el general Trucy Aubert con sus fuerzas victoriosas, y así aquellos dos adversarios, en el transcurso de pocos días, se batieron en dos campos distantes uno de otro más de doscientos kilómetros.

Conejos fué, más que una batalla, un simple cañoneo. Orozco, cansado de la inactividad de Huerta, avanzó casi hasta Berme-

jillo, y se fortificó en aquel lugar, en tanto que Cheché y Argumedo, con la gente de la Laguna, intentaban apoderarse de Tlahualilo. El general Rábago destruyó en este punto a los rebeldes y Huerta los desalojó de las lomas de Conejos con un violento fuego de artillería.

Entonces, saliendo de su inmovilidad, avanzó hacia el norte con una rapidez que sorprendió al enemigo, reparando la vía y los puentes que González Salas había volado con dinamita en su retirada. En Yermo y Escalón los postes telegráficos ostentaban los fúnebres despojos de los infelices federales que habían caído en poder de Orozco, y entre ellos se advertían los cadáveres de algunas «soldaderas» (2) que los orozquistas habían inmolado sin piedad. Una bandada de buitres manchaba el azul del cielo como un fúnebre presagio.

El ejército ocupó sin resistencia la estación de Corralillo, teatro del desastre de González Salas, y avanzó hasta Rellano, donde se encontraba fuertemente atrincherado el enemigo.

Al romper el día, el sol de mayo alumbró con toda su gloria a los dos ejércitos, cuyos clarines y tambores anunciaban la proximidad de la batalla.

Pascual Orozco, rodeado de un brillante estado mayor, dirigía las operaciones desde el lujoso pullman que le servía de morada.

Ya no era aquel Orozco de costumbres sencillas y de moral rígida que dormía en la sierra sobre un lecho de piedras y que hacía a caballo inverosímiles jornadas. Cuatro meses de absolutismo en Chihuahua, lo habían transformado. El Orozco de ahora se hacía conducir en carro especial, rodeado de todo género de comodidades, bebía champaña hasta emborracharse y llevaba una vida de crápula y orgía. Así Pompeyo en Farsalia y Antonio en Accio.

Las colinas de Rellano estaban fortificadas con cañones construidos por un tal Aranda de Chihuahua y con las piezas quitadas a González Salas y a Trucy Aubert dos meses antes.

Allí estaba la flor del ejército orozquista, bajo el mando de Salazar, Campa, Rojas, Caraveo, Castillo, Campos y Argumedo, sumando en conjunto de seis a ocho mil hombres.

El ejército federal era menos numeroso, pues ascendía a cuatro o cinco mil hombres; mas tenía en su favor un jefe inteligente y denodado que no conocía las suavidades del terciopelo y de la seda ni los regalos de la mesa, una disciplina férrea y una admirable artillería.

La batalla se inició con unos cuantos cañonazos disparados

(2) Cantineras; modismo mexicano.

desde las colinas, y luego, más de treinta cañones arrojaron un torrente de balas sobre las posiciones oroquistas. Las granadas reventaban a pocas yardas de las trincheras, vomitando sobre los rebeldes aterrorizados un diluvio de balines. En menos de una hora, las colinas quedaron sembradas de cadáveres, y resonó en las filas del ejército oroquista el grito de «sálvese el que pueda!»

En vano Cheché Campos, que recorría la línea en un magnífico caballo, desafiando el fuego de la infantería de Huerta, trató de reanimar a los suyos. La retirada se hizo general y ya nadie pensó sino en salvarse. Orozco huyó vergonzosamente en su tren especial, y dos o tres horas después de iniciado el combate, las tropas del Gobierno estaban en completa posesión del cañón de Rellano. A lo lejos se advertía el humo de varios trenes: era el ejército vencido que huía hacia Chihuahua.

La noticia de esta espléndida victoria fué recibida en México con demostraciones de júbilo; Madero fué aclamado y se cantaron himnos en loor del ejército federal.

La «Liga de Defensa Social», que acababa de organizarse en México y en cuyo seno se contaban todos los jefes de círculo y directores de minúsculos partidos adversos al señor Madero, creyó entonces conveniente dirigirse al Primer Magistrado para proponerle un arreglo pacífico con los revolucionarios del Norte.

Hasta entonces, la célebre Liga, confiando en que Orozco derrotaría a Huerta, no había hecho ninguna gestión en favor de la paz; mas ahora que el Gobierno acababa de obtener un espléndido triunfo y la espada de Huerta pendía sobre la cabeza del rebelde, se atrevió a dirigirse al Presidente, en nombre de la concordia que debía reinar en la familia mexicana, ofreciéndole sus buenos y desinteresados oficios para obtener la sumisión de Orozco. Madero rechazó estos falsos ofrecimientos, manifestando que su enviado de paz era el general Huerta, quien esperaba en breve reanudar en la propia Chihuahua las negociaciones que con tan buen éxito se habían iniciado en Conejos y en Rellano. La Liga insistió y le pidió una entrevista para explicarle sus propósitos; pero el Presidente no quiso recibir la comisión nombrada al efecto, diciendo que hartó conocía los fines que aquella perseguía, los cuales no eran otros que minar el prestigio de su Gobierno y restablecer la Dictadura.

Esta contestación enérgica hirió en lo más vivo de su orgullo a los miembros de la Liga, que juraron la pérdida de aquel hombre, cuya grandeza moral los aplastaba.

La «Liga de Defensa Social» estaba formada por de la Barra, García Granados, el licenciado Pereyra y otras muchas per-

sonas prominentes, miembros del Partido Científico y de las agrupaciones adversas al Gobierno.

Ya que nos hemos referido a de la Barra, permítasenos una pequeña digresión.

De la Barra, a raíz de la inauguración del nuevo Gobierno, se hizo cargo de la Legación en Francia, y allí conferenció con don Porfirio y se puso al habla con los científicos expatriados.

Cuando, a consecuencia de la revuelta zapatista y de los desórdenes vazquistas se temió por la estabilidad del Gobierno, los amigos de de la Barra le cablegrafiaron llamándolo, en la creencia de que, a su llegada, Madero le entregaría el Poder, forzado por la opinión pública. Tan descabellada idea llegó a parecer tan factible que los miembros del Comité del Partido Constitucional Progresista, alarmados, le enviaron a de la Barra un largo mensaje, haciéndole responsable de los males que con su regreso pudiera ocasionar; mensaje impolítico que Madero desautorizó, manifestando que la llegada de de la Barra no alteraría en lo mínimo la situación de la República y que con agrado lo vería nuevamente en el seno de la Patria. De la Barra, al recibir el mensaje de los progresistas, se afirmó en la idea de que su regreso era necesario, y renunciando su cargo de Ministro, se dirigió a México en el primer vapor. Esperaba, sin duda, recibir en Veracruz a los representantes de todos los partidos, incluso una delegación del Gobierno, ofreciéndole el Poder; mas grande fué su desencanto cuando, al desembarcar, vió en el muelle únicamente a varios de sus íntimos amigos. En México nadie advirtió su llegada, y así su decepción fué completa.

Una vez en la capital, dióse a intrigar con el fin de suscitarle dificultades al Gobierno, y la «Liga de Defensa Social» fué creación suya. Su ambición lo llevó hasta el extremo de suponer que Orozco, reconociéndose incapaz de gobernar, lo llevaría a él a la Presidencia, y con ese objeto le envió una embajada bajo el disfraz de la «Liga»; mas Orozco no le dió una contestación definitiva.

Mas volvamos a Huerta, quien con su ejército victorioso acababa de apoderarse del cañón de Rellano.

El enemigo, en su rápida huida, destruyó los puentes para evitar la persecución, y sin detenerse en Jiménez, continuó su precipitada fuga hacia Chihuahua. Allí, Orozco reorganizó su quebrantado ejército y se aprestó para hacer el último esfuerzo en el cañón de Bachimba, a pocas leguas de estación Ortiz.

Huerta recompuso la vía, se apoderó de Jiménez y avanzó rápidamente hacia Bachimba. Las poblaciones reconquistadas se

engalanaban en su honor, y las señoritas arrojaban flores al paso de los valientes *juanes*.

Cerca de Santa Rosalía se presentó en el campo federal don Abraham González, de quien hacía cuatro meses no se tenía la menor noticia, acompañado de unos cuantos hombres y en un estado desastroso, con la barba crecida, las ropas destrozadas y el rostro macilento y flaco a consecuencia de las privaciones que había padecido. Allí refirió su odisea. Al convencerse de la traición de Orozco, envió un mensajero a Villa para que se apoderara de Chihuahua, y se ocultó en casa de una familia amiga, a cuya lealtad debió la vida, y donde permaneció hasta que supo el triunfo de Rellano y la proximidad del ejército federal. Entonces abandonó su escondite, y disfrazado se dirigió al encuentro de las fuerzas salvadoras, sufriendo mil penalidades y dando innúmeros rodeos para no caer en manos de los oroquistas.

Huerta dispensó a don Abraham una cordial acogida, y Jiménez y Santa Rosalía se engalanaron en honor de la primera autoridad del Estado.

Para impedir el acceso de los federales a Chihuahua, Orozco fortificó Bachimba con los restos de la artillería de Rellano y algunos cañones que acabó de fundir Aranda en aquellos días, defensa ésta muy débil, pues no podía oponerse a la magnífica artillería del Gobierno; pero que servía para engañar a Huerta, a quien esperaba sorprender con una hábil maniobra.

El plan de Orozco consistía en apoderarse de la artillería federal, mediante un impetuoso ataque de caballería combinado con un movimiento de flanco de la gente de la Laguna.

Huerta avanzó hasta las cercanías de Bachimba con infinitas precauciones. Toda la vía estaba minada, y de debajo de las traviesas los exploradores extrajeron gran cantidad de bombas de dinamita. Para evitar el incidente de Rellano, la vía fue abierta en varios puntos, y treinta carros cargados de materiales de hierro que Orozco soltó en Bachimba para obstruirla, entraron en el primer escape y cayeron en un abismo.

El ejército federal, fuerte en seis mil hombres, y aumentado con el contingente de los carabineros de Coahuila, del batallón de Nico, de los voluntarios de Nuevo León y del cuerpo que el joven *sportman* y millonario capitalino Alberto Braniff había organizado a sus expensas, se encontró al fin frente a las posiciones oroquistas.

El general Huerta, con su traje de campaña, calmoso y seguro del triunfo, observaba con su anteojito los contornos de Bachimba, en tanto que Rubio Navarrete emplazaba sus cañones.

Los movimientos sospechosos del enemigo descubrieron a Huerta lo que era el estratagema de Orozco, y ordenó que los carabineros

de Coahuila y otras tropas escogidas cargaran sobre la caballería contraria cuando ésta avanzara.

Principió el combate con un brillante fuego de ráfaga que hicieron las baterías federales contra las posiciones de Bachimba. El enemigo contestó con veinte cañones; mas pronto se advirtió la inferioridad de su artillería, pues las granadas reventaban a más de cien yardas de la artillería del Gobierno. El suelo trepidaba al fragor de los cañonazos, y en breve, los oroquistas tuvieron que abandonar sus posiciones. Entonces, la infantería rebelde intentó un ataque de flanco, y la caballería lagunera inundó la llanura, galopando con dirección a la artillería federal. Al frente se veía a Cheché, quien distinguíase de todos por su pintoresco traje de charro y por la suprema maestría con que manejaba su indómito corcel. Los artilleros, firmes en sus puestos, aguardaron el ataque. Cheché llegó casi hasta la boca de los cañones; mas en ese momento, se descubrió la infantería federal, estalló un nutrido fuego de fusil, y cayeron filas enteras de jinetes... Cheché, galopando delante de los cañones, intentaba rehacer a los suyos; mas los carabineros de Coahuila cargaron con impetuosidad al grito de «¡Viva Madero!» y la caballería volvió grupas, retirándose como una onda y dejando tras sí un reguero de cadáveres.

El triunfo fué completo. Orozco huyó, como de costumbre, en su tren especial, y el ejército rebelde, roto en mil pedazos, se desbandó dejando en poder de los federales una gran cantidad de prisioneros. Cheché, con los restos de su brigada, regresó a la región lagunera, donde continuó cometiendo toda género de depredaciones; mas sin constituir ya una grave amenaza para la paz; Campa, desde la segunda acción de Rellano se había separado de Orozco, invadiendo el Estado de Durango, donde Blanquet, ya repuesto de su herida, le daba caza, y Salazar, Rojas, Caraveo y otros jefes, se retiraron con Orozco, quien abandonó Chihuahua y se refugió en Ciudad Juárez.

La revuelta había sido, pues, completamente aniquilada.

Huerta entró en Chihuahua al frente de su brillante división, en medio del regocijo popular, y reinstaló a don Abraham González en el Palacio del Ejecutivo del Estado. Las campanas de las iglesias, echadas a vuelo, celebraban la espléndida victoria, y Huerta y don Abraham se mostraron al pueblo en el balcón principal de palacio, siendo aclamados con entusiasmo delirante,

La revuelta había sido vencida, pero faltaba aún recuperar Ciudad Juárez, y Huerta ordenó al General Rábago que se dirigiera a este lugar al frente de su brigada. A la proximidad del jefe federal, Orozco desalojó la plaza y se retiró con su padre hacia la región de Ojinaga, donde, después de un combate des-

graciado en Coyame, desapareció sin que se volviera a saber de él durante muchos meses, llegándose a suponer que había muerto intentando cruzar a nado el río Bravo. Su padre se entregó a los americanos, y estuvo algún tiempo prisionero en Fort Bliss.

Así terminó la revuelta oroquista que tantos daños ocasionó a la República y que fué fatal por sus consecuencias, pues al desaparecer el núcleo más fuerte de revolucionarios, el ejército federal, aumentado a cuarenta mil hombres y ensoberbecido por su victoria, no tuvo ya contrapeso y se consideró árbitro de la nación.

El general Huerta regresó a México para curarse de una enfermedad en los ojos que había contraído en la campaña, y Madero le puso sobre el pecho la banda de divisionario.

El Presidente se mostró agradecido con los nobles servidores de la nación. A Trucy Aubert lo ascendió a General de Brigada y le regaló una casa que compraron por contribución varios miembros de la familia Madero; fué a visitar a Blanquet, que estaba en el hospital curándose de la herida que recibió en Rellano, le anunció su ascenso a General de Brigada, y le regaló un precioso reloj de oro con incrustaciones de brillantes, en cambio del que el valeroso militar había perdido en la batalla; ascendió también a Rábago y a Rubio Navarrete, y honró así al ejército en la persona de sus jefes.

Sin embargo, Huerta no estaba satisfecho... Pidió licencia, alegando motivos de salud, y Madero se la concedió, sin sospechar siquiera la causa del retraimiento del General.

La banda de divisionario era poco para el vencedor de Rellano y de Bachimba, que aspiraba ya al Ministerio de la Guerra, y columbraba en lontananza la Presidencia de la República.



Capítulo XII

La Reacción Científica

La situación política y económica de México en julio de 1911, era motivo de regocijo para los amigos de la paz.

Es verdad que aún en el norte se agitaban los pedazos de la hidra orozquista y que en los Estados de Morelos y Guerrero aún se oían los rugidos de la pantera anárquica; pero los principales núcleos de la insurrección habían sido deshechos y ni una sola plaza restaba en manos del enemigo.

Reyes, encerrado en la prisión de Santiago, no constituía ya un peligro para el nuevo régimen; Orozco se había encargado de liquidar a Vázquez Gómez, y el señor de la Barra había perdido todo su prestigio, exhibiéndose como un intrigante sin valor. Campa, derrotado en Pedriceña, había tenido que ocultarse en las montañas de Durango; Cheché y Argumedo merodeaban en torno de las poblaciones de la Laguna, sin atreverse a atacarlas; Zapata había desaparecido y se susurraba que vivía oculto en una cueva de las montañas de Morelos; Juan Salgado, perseguido por Ambrosio Figueroa, no daba ya señales de vida, y la actividad militar había decrecido notablemente en la República.

Las dos Cámaras acababan de renovarse, y una lujosa mayoría maderista ocupaba los escaños que habían deshonrado los autómatas de la Dictadura.

La revuelta orozquista no interrumpió las nobles funciones de la democracia, y así, mientras en el norte resonaban los postreros cañonazos de Bachimba, en el resto de la República los ciudadanos se entregaban al ejercicio de sus derechos y las elecciones se verificaban en medio de un orden y de un entusiasmo admirables.

El dogma de Madero era la efectividad del sufragio, y pa-

ra revestir de mayor solemnidad esta función sagrada de la ciudadanía, votaba en todas las elecciones, aún en las de regidores.

Mas la falta de educación cívica o el temperamento ardiente de los habitantes de algunos Estados, fué causa de numerosos conflictos, degenerando las elecciones en verdaderas luchas armadas.

En Veracruz disputábanse el triunfo laguistas y gaviristas, y al triunfo de los primeros, Gavira se alzó en armas contra el Gobierno local. Dichosamente fué hecho prisionero por las fuerzas del Estado, al intentar apoderarse de un cuartelillo. El gobernador Lagos, atendiendo indicaciones del Centro, en vez de fusilar a su adversario, lo encerró en una cárcel y lo trató con humanidad.

No pararon aquí los desórdenes de Veracruz. Seis meses después después del alzamiento de Gavira, Lagos se retiró de la gobernación del Estado, y Madero nombró Gobernador interino a don Manuel María Alegre, quien dióse desde aquel instante mismo a trabajar por su candidatura, en competencia con el millonario Tomás Braniff y con un abogado xalapeño a quien apoyaba todo el elemento gavirista y quien en definitiva salió triunfante. Alegre, decepcionado, se alejó del señor Madero, y Braniff se unió a de la Barra, llevando a la «Liga» el contingente de su fortuna y de su despecho.

Dificultades parecidas se suscitaban en casi todos los Estados, y Madero procedió con tanta pureza en los asuntos electorales, que Jalisco, Oaxaca y otras entidades federativas se dieron gobernadores adversos a la política del Gobierno del Centro, cuya autoridad, a causa de ello, quedó muy restringida.

Evidentemente, México aún no estaba apto para la democracia, o deslumbrado por la fácil conquista de las libertades no apreciaba ya la obra de Madero, como el cautivo que, a poco de encontrarse fuera de la prisión, se olvida de la lobreguez de su mazmorra y de las implacables mordeduras del grillete, y le parece que siempre ha gozado del bien presente y desdeña a su libertador, pues no de otra manera se comprende que el pueblo ejercitara el derecho del sufragio en elegir a sus eternos enemigos Portillo y Rojas, de la Barra, José María Lozano, Francisco M. de Olaguibel, y otros muchos representantes de la reacción.

La situación económica no podía ser más bonancible. A pesar de la guerra civil que asolaba el territorio, la riqueza pública crecía y las rentas federales aumentaban, de modo que el valor del comercio en 1912 superó en varios millones al del año del centenario.

Don Ernesto Madero administraba hábil y escrupulosamente la Hacienda, y el capital europeo y el americano no esperaban sino que se consolidara la paz para derramar su cascada de millones sobre México.

Madero era hombre de grandes iniciativas en sentido administrativo, y anhelaba llevar a cabo importantísimas obras de fomento, como las del puerto de Frontera, que ya había votado el Congreso; mas, desgraciadamente, desde que subió a la Presidencia no tuvo un instante de tranquilidad y se vió forzado a pensar sólo en la pacificación del país.

En el Gobierno se habían verificado algunos cambios. El licenciado Díaz Lombardo dejó la Secretaría de Instrucción Pública y fué nombrado Ministro residente en Francia en vez de de la Barra; el Vicepresidente de la República, licenciado Pino Suárez, se hizo cargo de aquella Secretaría, y el licenciado Jesús Flores Magón, ex-Subsecretario de Justicia, pasó a desempeñar la cartera de Gobernación.

En el Gabinete había dos tendencias: una renovadora y otra pseudo-científica o moderada, originándose dos corrientes que solicitaban por igual el ánimo vacilante del señor Madero. Representaban la primera el Vicepresidente Pino Suárez y el ingeniero Bonilla, quienes tenían como poderoso auxiliar al hermano del Presidente, Gustavo; y representaban la segunda don Ernesto Madero, el licenciado Hernández, Manuel Calero y Jesús Flores Magón. Esta división trascendía ya al público y alentaba a los partidos contrarios.

La política de don Ernesto era grave, mesurada y circunspecta, y se dirigía a reconciliar al Presidente con las altas clases sociales y financieras de la República, entre las que fermentaba sordamente la reacción porfirista y cuyo concurso él juzgaba indispensable para la consolidación definitiva del Gobierno.

La política de Pino se dirigía, en cambio, a halagar a las masas y a hacer un Gobierno con marcada tendencia liberal.

Una u otra tendencia quizás hubiera salvado al Gobierno, dándole la homogeneidad que le faltaba y brindándole el apoyo de una facción entusiasta; mas, por su desgracia, Madero era demasiado generoso y quería gobernar con todos los Partidos, aún con el Católico, lo que traía el desconcierto entre sus partidarios y le restaba simpatías.

La política es una ciencia cuyas leyes son casi tan exactas como las de la Física o la Química. En el fondo, los conglomerados humanos, como los agrupamientos de moléculas, obedecen a principios fijos, y la experiencia ha demostrado que los Gobiernos, para subsistir, necesitan apoyarse en un Partido, pues las

administraciones híbridas sólo pueden sostenerse en épocas de transición. Los *Gobiernos nacionales* no pasan de ser una amable idealidad que en la práctica siempre ha fracasado. Un mandatario, pues, si quiere marcar hondamente las huellas de su paso en la Historia, debe tener una sola tendencia y gobernar con sus amigos, y nada más que con sus amigos. No hay política más peligrosa para la estabilidad de un Gobierno que atraerse a los enemigos con prebendas y granjerías y rechazar a los partidarios, en el erróneo concepto de que a éstos no se necesita halagarles, pues siempre serán amigos, y en cambio conviene conquistar a los elementos hostiles. El resultado de esta política insensata es que los amigos dejan de serlo, y en cambio, los enemigos se ensoberbecen, y nunca se entregan de buena fe al Gobernante, sino que, aún gozando de sus favores, laboran su ruina, ya que su suerte no está vinculada en modo alguno a la de él, sino que esperan mayor fortuna de su caída. Ni Calero ni Flores Magón ni Robles Gil, ni ninguno de los que elevó Madero, fueron nunca sus amigos, y así en la hora suprema, arrancándose la careta, no vacilaron en sumarse al número de sus verdugos.

México, bajo la administración del general Díaz, era un imperio como Rusia o Turquía; los gobernadores eran maniqués galoneados que el despota ponía y quitaba a su capricho; los Estados eran satrapías en cuyos palacios el retrato de don Porfirio se veneraba como el sombrero que Geisler puso en la punta de una lanza en la oprimida Helvecia; la prensa doctrinaria y de combate, no existía; en las puertas de las redacciones había candados de oro cuyas llaves estaban en Chapultepec; los periodistas alquilaban sus plumas como los antiguos condottieri sus espadas; las oficinas de los diarios, pagadas por la Nación, no eran más que prolongaciones del Ministerio de Hacienda; el espíritu público estaba muerto y nadie se atrevía a pronunciar una sola palabra contra aquel orden de cosas. Madero rompió el encanto, y el espíritu público revivió; los Estados recuperaron su soberanía; los gobernadores y los diputados fueron electos por el pueblo; la prensa, ya sin mordaza, realizó el milagro de hablar, después de treinta años de mutismo, y el sentimiento indefinible de la libertad dignificó las conciencias. Mas aquella libertad excesiva, después de una férrea dictadura, deslumbró a las masas, y una especie de borrachera enardeció los espíritus; los Estados, convertidos en entidades soberanas, se desligaron del Poder central, y las legislaturas quisquillosas acusaban al Ejecutivo Federal ante el Congreso de la Unión cada vez que creían lastimados sus derechos; los gobernadores, muy pagados de su investidura, rechazaban hasta las más pequeñas insinuaciones del Presidente

de la República y no ponían coto a las diatribas de que en sus propias capitales era objeto este Primer Magistrado, gozándose en crearle dificultades y fomentando la revuelta; la prensa, desenfrenada, se revolvió contra su libertador, y el Senado y el Congreso se convirtieron en *rings* de pugilato o palenques de juegos atléticos, como los parlamentos ingleses y españoles.

El Congreso porfirista, humilde y medroso al principio, se ensoberbeció luego, cuando Madero reconoció su autoridad y respetó sus resoluciones, dándose el caso inaudito de que, asumiendo una actitud de reto, declarara día de fiesta nacional el 2 de Abril, aniversario de la famosa batalla ganada por don Porfirio delante de Puebla. Este homenaje al déspota caído, bajo el Gobierno de su rival, era un insulto para éste. Madero lo comprendió así, y vetó el decreto, declarando que la batalla del 2 de Abril se había librado entre hermanos, y si era una fecha gloriosa para unos, era un día aciago para otros. El Congreso, deseoso de llevar su oposición hasta lo último, reseñó el decreto, y Madero, dando una altísima muestra de respeto a la ley, lo refrendó con su firma.

Para los enemigos de Madero y para la gente vulgar, este acto fué una prueba concluyente de falta de energía; mas para aquellos que inspiran sus juicios en fuentes más puras y tienen un concepto más elevado del carácter, este acto revestirá siempre excepcional importancia, y la violencia que Madero se hizo aquel día para poner su firma al pie de un homenaje a su rival, lo consagró como modelo de gobernantes y espejo de ciudadanos.

Al renovarse las Cámaras, los escaños del Congreso y del Senado se llenaron de enemigos del nuevo régimen.

La comisión encargada de dictaminar sobre las actas, compuesta por el licenciado Rendón, Querido Moheno y otros connotados maderistas, intentó anular, a la usanza antigua, las actas de los contrarios. Con este motivo se suscitaron violentos debates, y aún fué rechazada alguna acta y lo hubieran sido todas si Madero no hubiera intervenido, aconsejando moderación a sus amigos. De este modo fueron aprobadas todas las actas, y la oposición obtuvo un triunfo en la apariencia, gozándose en la confusión y zozobra del elemento gobiernista.

En los escaños de la derecha se sentaron Eduardo Hay, Alfredo Alvarez, Carlos M. Esquerro, Juan Sánchez Azcona, Roque González Garza, Luis G. Unda, Manuel Pérez Romero, Serapio Aguirre Benavides, Gustavo A. Madero, José N. Macías, Marcelino Dávalos, Félix Palavicini, José I. Novelo, Jesús Urueta, Serapio Rendón, Luis Manuel Rojas, Alfonso Alarcón, Ignacio Borrego, *Querido Moheno*, Alfredo Vergara, Manuel Gregorio Zapata, Enrique Bordes Mangel, Abraham Castellanos, Salvador

Díaz Mirón, Joaquín Ramos Roa, Miguel Alardín, Jerónimo López de Llergo, Alfredo Ortega, y muchos otros miembros del Partido Constitucional Progresista. En los escaños del Partido Liberal, que formaba la extrema izquierda del bloque gobiernista, estaban sentados el licenciado Francisco Escudero y otros diputados que reconocían como jefe al ilustre político e historiador don Fernando Iglesias Calderón.

En los escaños de la oposición sentábanse, confundidos, todos los enemigos del nuevo régimen, científicos, católicos, barristas, vazquistas y liberales disidentes, como José María Lozano, Tomás Braniff, Nemesio García Naranjo, Jesús Rábago, Manuel F. de la Hoz, Francisco M. de Olaguibel, Armando Ostos, José Castellot, Aquiles Elorduy, Juan Sarabia y Francisco Elguero.

La XXVIª. Legislatura, a pesar de su origen popular y de que estaba integrada por lo más granado de la intelectualidad mexicana, no correspondió a los anhelos de la nación, que de ella esperaba la resolución del problema agrario y la pacificación del país.

Uno de los primeros actos de los nuevos representantes, fué elevarse el sueldo a quinientos pesos mensuales, en vez de doscientos cincuenta que ganaban anteriormente. Nada se intentó para arreglar el conflicto zapatista ni para solucionar la situación del Norte. El elemento maderista, como si al contacto del Poder hubiese perdido todas sus energías, se adormeció sobre sus laureles, y el mismo Urueta pareció menos brillante y persuasivo que en otras ocasiones. En cambio, Olaguibel, García Naranjo y Lozano, que formaban el llamado «triángulo luminoso», hacían gala de su elocuencia, conquistándose la simpatía del público, que admiraba sus actitudes melodramáticas.

Lozano, orador de palabra florida y elegante, había sido uno de los redactores del abominable «Debate», y a raíz del triunfo de la Revolución, intentó aproximarse al señor Madero, y aún pronunció un discurso en su loor desde los balcones de «Nueva Era»; mas desautorizado por Sánchez Azcona, tornó a contarse en el número de los enemigos del nuevo régimen.

Olaguibel, más conciso y razonador, era reputado como uno de los mejores oradores parlamentarios. En cuanto a García Naranjo, considerábasele mejor literato que tribuno y debía a sus editoriales de «La Tribuna» el renombre de que gozaba.

El público que llenaba las galerías estaba compuesto, no precisamente por la plebe, que desencantada se había alejado de los centros oficiales, sino por abogadillos, ex-empleados de la administración del general Díaz, periodistas, estudiantes y perimetres de la alta sociedad, que aplaudían con frenesí a Ola-

guibel y a Lozano, y abrumaban a silbidos a Moheno y a Rendón.

Moheno, a quien muchos consideraban como el primer orador parlamentario, era un personaje de treinta y cinco a cuarenta años de edad, mestizo, tosco, vulgar, de pequeña estatura, regordote, tripudo, con una cabezota enorme y coronada por una cabellera áspera y espesa. Era una especie de Mirabeau, sin ese sello de grandeza que el ilustre orador ponía a su misma relajación, un Collot d'Herbois elocuente y mordaz, que sazonaba sus discursos con chistes tabernarios, una mezcla de político y de histrión, de grande hombre y de payaso, un Triboulet sin joroba, que en la tribuna hacía sonar los casca- beles de su ingenio, tipo genial y ridículo, cuyo cinismo cor- ría parejas con su soberbia, y cuya figura no hubiera esca- pado el pincel del gran Velásquez, que copió tantas deformi- dades.

Rendón era un abogado yucateco de cuarenta años, de regular estatura, tipo maya, blanco, narigudo, simpática fisono- mía y modales distinguidos. Su oratoria era monótona y en la tribuna parecía un cuáker o pregonando con voz grave y sonora las excelencias del Evangelio. Sin embargo, su temperamento era ardiente y su lenguaje cáustico e incisivo.

En el Senado predominaba el elemento barrista, científico o reaccionario, pues sólo la mitad del mismo se renovó confor- me la ley, ocupando aún los escaños muchos de los antiguos sen- adores, como Sebastián Camacho, José Diego Fernández, To- más Macmanus, Rafael Pimentel, José Castellet y otros miembros prominentes del pasado régimen. En las nuevas elecciones fue- ron electos, entre otros muchos, don Fernando Iglesias Calderón, jefe del Partido Liberal, el señor de la Barra, jefe del Partido Católico, Jesús Flores Magón y Manuel Calero, Ministros de la Administración maderista, Salvador Gómez, el revolucionario ja- lisqueño, y otros notables políticos.

Era muy difícil, pues, para el señor Madero, gobernar con un Congreso compuesto de elementos heterogéneos, inexpertos en la ardua y trascendental labor legislativa, y con un Senado hostil, que era una rueda que giraba en sentido contrario en el com- plicado engranaje de la Administración pública.

Sin embargo, el señor Madero, a fuerza de prudencia y de tino, iba conllevando esta difícil situación, y el Senado mis- mo no hubiera sido un obstáculo para la paz si la prensa con su labor de zapa no hubiera minado los cimientos del nuevo régimen, torciendo y desfigurando a los ojos de la opinión los actos más puros del gobernante.

El político idealista que en lomos del alado Clavileño in-

tentara mañana escalar las altas cumbres de la democracia, ganaría mucho estudiando este período turbulento de la historia de México.

Madero, el apóstol de las masas, penetró en la lóbrega mazmorra de ese cautivo Segismundo que se llama Prensa, le quitó las áureas cadenas que lo ataban al muro del servilismo, y le dijo como Cristo a Lázaro: «¡Levántate, y anda!»

Libre la Prensa, se multiplicó y engrandeció, convirtiéndose en un cuarto Poder, y aspirando a ser el primero.

Entonces, se revolvió contra su libertador y lo hirió con su colmillo envenenado

Así los galeotes, libertados por el insigne manchego, acometieronle luego a pedradas, riéndose de su heroica y generosa locura.

La larga dictadura del general Díaz engendró una prensa mercantilista y servil que aplaudía todos los actos del Gobierno y mantenía encendidos siempre los incensarios de su torpe adulación, como los sacerdotisas de Vesta el fuego sacro. El tipo del periodista culto, honrado y enérgico, del caballero sin miedo y sin tacha de las letras, hacía tiempos había desaparecido, y en cambio, privaba el *reporter* ignorante y ramplón con su cartera de apuntes en la mano y su kodac a la espalda. Apreciábanse más el relato de un crimen pasional y las notas rojas del toreo que los versos de Díaz Mirón o la prosa elegante de Tablada, y si el gran Altamirano y el duque Job hubieran resucitado, se habrían cubierto el rostro de vergüenza al ver la prensa en manos de rufianes. Ese periodismo de linotipos y rotativas, vivía del favor oficial, y así, cuando la mano de la revolución le cerró las puertas del Ministerio de Hacienda y acabó con el «fondo de los reptiles», (1) puso el grito en el cielo, y en vez de aclamar al señor Madero, lo cubrió de denuestos.

Para estos galeotes de la idea, la esclavitud era el regocijo y la hartura; la libertad, la miseria y el hambre.

Por eso maldijeron a su libertador.

En tiempos del general Díaz toda la prensa, con muy contadas excepciones, estaba subvencionada. «El Imparcial», «El Diario» y «El Heraldo Mexicano», recibían fuertes sumas del Tesoro Público, con que sostenían un lujoso tren de empleados. Se concibe, pues, la rabia de estos mercenarios y el anhelo con que esperaban que cambiara aquel orden de cosas.

Los periódicos de caricaturas se multiplicaron, y al liber-

(1) Nombre pintoresco con que designaban los periodistas madrileños a la partida secreta del Ministerio de la Gobernación destinada a la prensa, que suprimió don Antonio Maura.

tinaje sucedió el desenfreno. «Multicolor», «Ojo Parado», «El Ahuizote» y otras revistas ilustradas, representaban al Presidente en mil formas ridículas, sin respeto a su investidura y con mengua del decoro de la nación.

El pueblo, no acostumbrado a este género de publicaciones, devoraba con delicia su lectura, y poco a poco le fué perdiendo el respeto al señor Madero y a sus Ministros, y la oposición, engreída y jactanciosa, se atrevió a desacatos mayores.

El señor Madero tenía, como principio de gobierno, que «la prensa sólo se combate con la prensa»; mas llegó a tal extremo la mendacidad y la audacia de los redactores de «Multicolor» que el Presidente, tomando en consideración su carácter de extranjeros, resolvió aplicarles el artículo 33 de la Constitución mexicana y expulsarlos del país.

Mario Victoria y sus compañeros fueron aprehendidos; mas antes de que se ejecutara la orden de expulsión, un grupo de periodistas se dirigió a Chapultepec y le rogó al señor Madero que la suspendiera. El Presidente, después de representarle a la comisión los daños que la prensa había causado al país con su procacidad, estorbando la obra de la pacificación, accedió a sus ruegos, y Mario Victoria y sus colegas fueron puestos en libertad.

No por eso la prensa abandonó su actitud hostil. «Multicolor» continuó su labor de escándalo y difamación, y el rasgo generoso de Madero fué interpretado como una nueva muestra de debilidad.

Los periodistas en México formaban una especie de hermandad o «mafia», y su actitud obedecía indudablemente a un plan calculado, que tendía a desprestigiar al Gobierno y agravar la situación, para hacer posible un cambio.

Para conseguir este objeto, exageraban los menores movimientos revolucionarios, y puede afirmarse que la revuelta vazquista no hubiera asumido grandes proporciones si las noticias escandalosas de «El Heraldó Mexicano» y de otros diarios no hubieran infundido las creencias de que el Gobierno caería de un momento a otro. Durante la campaña del Norte, los periódicos publicaban *extras* sensacionales cada dos horas, con enormes *encabezados* en que se daba cuenta del avance de Orozco, la derrota de Huerta, la muerte de Trucy Aubert, y la caída inminente del Gobierno. Estas noticias alarmanes introducían el pánico y el desconcierto y dificultaban extraordinariamente la pacificación del país. Se referían las hazañas de Chenché y Argumedo, se glorificaba a Almazán y a Salgado y se tejían leyendas acerca de la vida de Zapata en las montañas.

Así, cuando parecía la revolución extinguida, la prensa soplabla sobre sus cenizas y de nuevo levantábase la llama.

Los escritores de más valía militaban en la oposición. Urbina y Olaguibel en «El Imparcial» y Sánchez Santos en «El País» (2), minaban con sus furibundos artículos la sólida base de la reputación del señor Madero. Los editoriales «El espejo encantado», «Un tiro en la frente» y otros semejantes, hicieron honda mella en los espíritus. «El Noticiero Mexicano», de Garrido Alfaro; «La Tribuna», de García Naranjo; «El Mañana», de Jesús Rábago, y otros inmundos pasquines, hacían blanco de sus ataques al licenciado Pino Suárez y al Ministro Bonilla, que representaban al elemento maderista en el Gabinete. «El Diario» y «La Prensa» eran neutrales; mas en sus columnas de vez en cuando exhalaba su aliento envenenado la «maffia» reporteril.

El señor Madero llevaba su respeto a la libertad del pensamiento más allá de los límites de la prudencia, sin observar que los infames libelistas con sus plumas estaban cavándole la huesa. «La prensa sólo se combate con la prensa», repetía, creyéndose sin duda en Suiza o en la gran República del Norte, aforismo político inaplicable a México en aquellas circunstancias.

Bella es la libertad si se ejercita dentro del orden; divino el pensamiento que vuela a iluminar las conciencias en alas de la hoja periódica; misión sublime la de la prensa, que es el pan de cada día de que habla el Evangelio y que el alma pide al Creador en la oración santa del progreso; mas no hay nada más abominable que la libertad cuando se trueca en licencia y que el pensamiento cuando brilla como un puñal bajo un manto o se desliza como una serpiente entre las flores de un jardín. Lucifer es horrible porque fué bello y es el más perverso de los demonios porque fué el más excelso de los ángeles.

En tiempos normales, la prensa pudo haber gozado de la más amplia libertad; mas era evidentemente un error gravi-

(2) Don Trinidad Sánchez Santos, director de «El País», era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad, inteligente e ilustrado; pero irascible, vengativo y pórdido. Enemigo del general Díaz, batió palmas al triunfo del señor Madero; mas, cuando la política de éste se orientó en sentido liberal, revelóse otra vez en Sánchez el espíritu conservador y retrógrado que había escrito en el álbum de Querétaro en memoria de Maximiliano estas palabras: «Ojalá que de tu sangre salga un vengador», y se separó de Madero, combatiendo la elección de Pino y apoyando la del candidato clerical de la Barra. Derrotado éste, Sánchez Santos se convirtió en un energúmeno, y con sus editoriales, vibrantes de pasión, causó mucho daño al régimen maderista. Encarcelado en cierta ocasión por orden del juez Nagore, Madero lo puso en libertad. Los amigos de Pino y de Gustavo, disgustados, intentaron propinarle una paliza, sin éxito. Murió de un ataque fulminante, cuando escribía un editorial contra la célebre conferencista librepensadora Belén de Sárraga, que en aquella época se encontraba en México. Era una pluma brillante movida por un corazón fanático y perverso, y murió víctima de sus mismas pasiones.

simo permitir la publicación de artículos sediciosos cuando los zapatistas se aproximaban a San Angel y a Tlalpan y la capital hervía de conspiradores.

Mas ya que el magnánimo Presidente no tomaba ninguna medida represiva contra esta prensa amarilla y hostil, plugo a la Providencia castigarla de manera terrible y ejemplar.

Para suscitar dificultades al Gobierno, los diarios publicaban noticias exageradas de la revuelta de Morelos, y aun semblanzas apologeticas de los principales jefes zapatistas. Algunos reporteros de «La Prensa» y de «El Diario», entrevistaron a Zapata en las anfractuosidades de la sierra donde vivía errante y refirieron estupendas aventuras, hazañas inverosímiles y rasgos extraordinarios de este bandolero; mas he aquí que cuando los científicos celebraban con entusiasmo los triunfos de los surianos e intentaban entrar en negociaciones con ellos para hacerlos instrumento de sus tenebrosos planes, llegó a México la espantosa noticia de que el tren de pasajeros de Cuernavaca a la capital había sido capturado en la Cima por los zapatistas, quienes, después de aniquilar la pequeña escolta, habían asesinado a los pasajeros. Entre éstos se contaban dos periodistas muy conocidos por su campaña violenta contra el señor Madero, los cuales regresaban de Cuernavaca con su *carne* lleno posiblemente de falsos informes acerca de las operaciones de guerra y con datos para perjeñar alguna fantástica entrevista con Zapata o con Genovevo de la O. Llevados a presencia de este feroz guerrillero, en vano alegaron su condición de periodistas. De la O, enviviéndolos en una mirada de tigre, exclamó: «Yó aborrezco a los *periodiqueros*...! Mátenlos!» Y la orden inicua fué ejecutada con salvaje crueldad.

Cuando la tropa llegó al lugar de los sucesos, encontró sólo los restos del tren, y en derredor del mismo, los cadáveres de los valientes soldados y de los infelices pasajeros.

Este bárbaro atentado conmovió hondamente a la sociedad mexicana, y los periodistas hicieron una gran manifestación de duelo a sus compañeros mártires; mas todos sintieron pasar por encima de sus cabezas la invisible espada de la justicia de Dios.

Por aquellos días llegó a México, en jira de propaganda antiyanquista, el célebre literato sudamericano Manuel Ugarte, escritor reputado por su prosa elegante y exquisita; mas enfermo de egolatría y erostratismo (3).

No analizaremos aquí la obra literaria de Ugarte. Sus *Cuentos de la Pampa*, sus *Crónicas de Boulevar*, y sus *Vendi-*

(3) «Inflacionado del erostratismo que a todos nos corroe, del mal del siglo»—dice don Miguel de Unamuno.

mias Juveniles, hánlo acreditado como uno de los intelectuales de más valía de la América Septentrional. Ciertamente que sus obras son de una belleza superficial; que en ellas, como en las de otros bardos y prosadores sudamericanos, no se puede admirar el músculo, la médula, el vigor, sino la gracia, la suavidad y el encanto; que París, a través de sus historietas y *paisajes*, es una ciudad de «sombras sin carne ni sangre ni nervios, que en el tablado repiten las contorsiones y muecas que les enseñaron, atentas a una liturgia estrictamente formulada» (4); que España, tierra de luz y alegría, cuya risa de gitana suena como las sonajas de una pandereta y se desborda como los claveles reventones en los tiestos de Andalucía, para él es una nación infinitamente triste; que en sus cuentos argentinos no se oyen los relinchos de los caballos ni se sienten los soplos del pampero ni se vive la vida de los gauchos; y que sus obras todas, en el fondo, son un haz de impresiones subjetivas, vertidas al exterior en un lenguaje terso y cadencioso; mas es innegable que Ugarte, como estilista y pensador, ocupa con justicia puesto distinguido en el parnaso americano.

Avido de notoriedad, como una *cocotte* parisién, que para atraer sobre sí todas las miradas y ser pasto de todos los comentarios es capaz de incendiar el teatro de la Opera, Ugarte montó en el emballestado corcel del panlatinismo, esgrimió la lanza de Páez, y lanzó a los cuatro vientos del escándalo un volumen, formidable como un obús prusiano: «El porvenir de la América Latina», libro que en vez de ser el grito de guerra de una raza en pie e indignada, como la Buenos Aires de la oda famosa, es el grito lastimero del cóndor herido que cae bajo las garras potentes del águila.

Esta obra, escrita sin ninguna preparación y en un estilo declamatorio y vulgar, indigna del autor y del altísimo tema abordado, le conquistó a Ugarte únicamente la irreflexiva admiración de unos cuantos yankófobos, sin conmovier el espíritu de los pueblos indo-españoles, a pesar de que el imperialismo norteamericano era entonces, como lo es todavía, asunto de palpitante actualidad en este continente.

Cada vez más ansioso de renombre y de aplausos, Ugarte proyectó una jira por todos los pueblos hispanoamericanos, la que realizó en parte, principiando por México, y doquiera fué,

(4) *Paisajes parisienses*, prefacio por don Miguel de Unamuno (Garnier hermanos, editores, París).

acompañáronlo el escándalo, haciendo sonar sus campanillas y cascabeles, y la vanagloria, con su murga estrepitosa y penitenciera.

Ugarte llegó a México en momentos en que la campaña de la Prensa contra el régimen maderista se había exacerbado hasta el extremo de que abiertamente se concitaba a la rebelión.

Urueta y otros miembros distinguidos del grupo renovador, le dieron la bienvenida en nombre de la intelectualidad mexicana, y el Ministro de Instrucción Pública, licenciado Pino Suárez, le concedió el teatro Arbeu para que diera varias conferencias. Para presentarlo al público de la capital, se ofreció el ilustre literato licenciado Justo Sierra, ex-Ministro del general Díaz y miembro de la Academia de la Lengua.

Hasta aquí las cosas marchaban admirablemente, y el público esperaba con ansia la hora de escuchar al esforzado adalid argentino; mas quiso la fortuna que en aquellos días el señor Madero, dando una altísima muestra de magnanimidad y nobleza, nombrara al licenciado Sierra Ministro de México en España, motivo por el cual dicho señor se vió en el caso de manifestar a Ugarte que, a causa de su nueva posición diplomática, creía prudente conocer de antemano los puntos sobre que iba a versar la primera conferencia, pues si ésta contenía ataques fuertes y directos a la nación americana o a su Gobierno, se vería obligado a declinar el honor de presentarlo.

Ugarte anhelaba provocar un incidente que le diera notoriedad, recurso de que echó mano después en todos los países que recorrió, y el cual parece que aprendió de ese personaje extraordinario y sugestivo, especie de Nemrod moderno, *ranchman* y estadista en una sola pieza, Teodoro Roosevelt, quien, al descender de la Presidencia de los Estados Unidos, se fué al Africa a cazar jirafas y panteras; en el Cairo pronunció un discurso contra los jóvenes egipcios; en Roma, provocó un debate con el Vaticano, y en la Sorbona, dió una conferencia mitad en inglés y mitad en un francés chupuzado. Ganoso, pues, de provocar un escándalo, Ugarte manifestó al licenciado Sierra que sentía mucho privarse de su presentación; pero que no podía suprimir de su conferencia los justísimos cargos que hacía a los Estados Unidos, y luego, cuando se retiró don Justo, llamó a los periodistas y les dijo que el Gobierno le había hecho insinuaciones, por medio del licenciado Sierra, para que no atacara a la nación del Norte en sus discursos. La noticia, pregonada al día siguiente por las cien trompetas de la Prensa, produjo honda sensación, y la figura de Ugarte adquirió extraordinario relieve.

En vista de la actitud del poeta argentino, el Ministro de Instrucción Pública le canceló la concesión del teatro Arbeau. Nueva excitación y nuevo escándalo. Ugarte, ensoberbecido, exclama: «El Gobierno me cierra todos los teatros; el Gobierno no quiere que yo hable, porque tiene compromisos con los imperialistas del Norte; pero yo hablaré, aunque sea en la calle o en la plaza pública!»

Gran manifestación del elemento estudiantil a Ugarte, quien presencia el desfile de la juventud patriótica desde los balcones del Salón Rojo, en la Avenida de San Francisco. Un estudiante, desde un coche o automóvil, le dirige, con palabra florida y gallarda, una hermosa salutación. Contesta Ugarte, y lee con voz trémula y apenas perceptible un discurso vacío de sentido y relleno de artificios retóricos. Desilusión. La primera conferencia, también leída, y de la que se esperaba algo sensacional, resulta un fracaso. El *apóstol* no es más que un simple literato bonaerense, un poco *modernizado* por el ambiente corrompido del París del *Moulin Rouge*, y México abunda en grandes poetas, oradores y filósofos. No argumenta, no expone, no razona; ni aún sabe declamar. El público se aburre, y el excelso paladín se marcha rumbo a la América Central, a provocar nuevos incidentes y a producir hondas desilusiones. Pero Estrada Cabrera no lo quiere en Guatemala, y en breve se convence de que México es un país libre y su Presidente un gran demócrata. Regresa a la Argentina, *cargado de laureles*, y termina su gloriosa campaña en las orillas del Plata, sin lograr siquiera que *Uncle Sam* arrugue un momento el entrecejo...

En tanto, el Presidente Madero, ofendido en su dignidad por el literato argentino y por el elemento opositor, sentía en el pecho aún sus envenenadas saetas, y en cierta ocasión en que fué invitado a clausurar los cursos de la Escuela Preparatoria, pronunció un discurso alusivo al acto; mas, desviándose de pronto del asunto, se dirigió a los estudiantes, reprochándoles que hubieran seguido al primer advenedizo que había llegado a hablarles de patriotismo, cuando tan altos ejemplos acababan de recibir de sus mismos conterráneos y la Historia de México abundaba en acciones gloriosas, llevadas a cabo en tres largas guerras contra invasores norteamericanos y europeos, mientras que la Argentina no había tenido que luchar más que por su independencia, y en caso de un conflicto armado con los Estados Unidos, México se quedaría solo, como se quedó el 47, cuando el general Scott plantó la bandera de las barras y de las estrellas en el castillo de Chapultepec.

Este discurso, desfigurado y comentado por los periodistas mexicanos, estuvo a punto de suscitar un incidente diplomático

con la República Argentina, y la prensa de esta Nación censuró con severidad la actitud descompasada y al parecer inexplicable del Presidente Madero.

Cerrado este largo e inevitable paréntesis, volvamos a la prensa mexicana, que multiplicaba sus ataques contra el Gobierno, atendiendo al refrán que dice que «muchos hachazos derriban a un roble.»

Para contrarrestar sus efectos, el Gobierno no contaba más que con *Nueva Era*, importante publicación fundada por don Francisco I. Madero a raíz del triunfo de la revolución. *Nueva Era* adquirió auge extraordinario en la época dorada del maderismo y cuando la redactaban Sánchez Azcona y Jesús Urueta; mas luego decayó en las manos de Serapio Rendón y perdió todo su prestigio en las de Querido Moheno.

El odio de los científicos y de los vazquistas se cernía como una nube tempestuosa sobre la cabeza de Gustavo Madero, a quien consideraban como el personaje más detestable del nuevo régimen.

Sánchez Santos lo persiguió con saña implacable, y aún después de muerto él, fué la causa de su trágico fin, pues como flechas envenenadas quedaron vibrando en el corazón del infeliz Gustavo los motes sangrientos con que lo señaló a la rabia de sus verdugos.

Gustavo Madero tenía un ojo de vidrio, defecto conocido de muy pocos; tan hábilmente había suplido el oculista neoyorkino la falta del ojo natural. Sánchez Santos, que unía a su espíritu maligno una extraordinaria sagacidad, conoció este defecto y resolvió sacar partido de él, apodando a Gustavo «Ojo Parado». El mote en breve se vulgarizó, y como en el alma humana hay siempre un fondo de perversidad, la gente se gozó en repetirlo, concentrando en Gustavo todos sus odios y atribuyéndole todos los desaciertos, errores y calamidades de aquella época luctuosa, de modo que, tanto amigos como enemigos, llegaron a desear su alejamiento absoluto de la política.

Decíase que Gustavo aconsejaba medidas meronianas; que había sido el autor de la caída de Vázquez Gómez y del triunfo de Pino Suárez; que estaba entrando a saco con el Tesoro Público y repartiendo millones entre sus amigos, y que ambicionaba suceder a su hermano en la Presidencia.

Era Gustavo Madero un personaje de treinta y seis a treinta y ocho años de edad, alto, robusto y de simpática presencia.

No sobresalía por su ilustración ni por su inteligencia; mas poseía una voluntad de hierro y un corazón siempre dispuesto a favorecer a sus amigos. Sus aduladores endiosáronlo

sin razón y sus contrarios lo zaherían sin motivo. Sin su posición y su fortuna, Gustavo no hubiera pasado de ser una medianía, y culpables fueron de su trágico fin sus favoritos, que lo empujaron a dirigir un Partido sin aptitudes para ello, y sus pérfidos enemigos, que lo persiguieron con saña inexorable. Gustavo era de hecho el director del Partido Constitucional Progresista, el propietario de *Nueva Era*, el Jefe de la mayoría renovadora del Congreso y el árbitro aparente de la situación. Don Francisco gobernaba en Chapultepec, y Gustavo en su casa, la que se veía frecuentada por centenares de personas, gobernadores, generales, diputados, senadores, banqueros, literatos y periodistas. Delante de su puerta, los coches y automóviles formaban una larga fila, y en su oficina aglomerábanse la correspondencia y los memoriales de los peticionarios. Políticos de fuste, oradores de altísimo renombre, poetas de fama continental, se veían en sus antecámaras, como en las del célebre Cagliostro, y él distribuía sonrisas y mercedes con largueza.

Gustavo anhelaba orientar la política en el sentido de la represión enérgica; mas chocaba con el obstáculo insuperable de la rectitud y nobleza del Presidente, y así advertíanse en el Gobierno dos impulsos distintos y dos orientaciones diversas, de modo que el elemento renovador no lograba nunca dominar en absoluto y Gustavo hacíase odiar sin conseguir hacerse temer.

Una vez que Gustavo pedía que se procediera contra los miembros de la Liga de Defensa Social, que conspiraban en la sombra, y contra la prensa, que concitaba abiertamente a la rebelión, don Francisco le recordó que él estaba obligado a sostener los principios que habían servido de bandera a la Revolución. Entonces, Gustavo lanzó una amarga carcajada y exclamó: «¡La ley! Mientras nosotros los combatimos con leyes, ellos nos ahogan en sangre!»

Gustavo, en suma, habíase hecho un personaje odioso, y el pueblo, a quien se le había hecho creer que el infortunado político estaba monopolizando todos los contratos y adueñándose de la riqueza petrolífera del país, miraba ya con aversión al régimen maderista.

Sánchez Santos mató políticamente a Gustavo con un mote, y con otro, estigmatizó al Partido Constitucional Progresista, llamándolo «La Partida de la Porra», o «La Porra», simplemente.

«La Porra», según Sánchez Santos, era una cuadrilla de individuos asalariados por Gustavo para deshacer las manifestaciones de los partidos contrarios y lapidar a sus directores. Por extensión, el nombre se aplicó al Partido, y se llamó *porristas* a todos los partidarios del nuevo régimen, viniendo a ser tan despectiva esa palabra que se la consideraba como un in-

sulto y como una marca infamante. «El Gobierno porrista», «el diputado porrista», «el Gobernador porrista», eran locuciones corrientes en los periódicos mexicanos, y aún los mismos amigos del señor Madero hablaban de «Porra» y «porrismo» y consideraban como una necesidad imperiosa la disolución del Partido Constitucional.

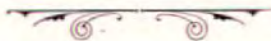
Las sesiones del Congreso continuaban muy animadas, pero sin ningún provecho para la República. Renovadores y liberales, dirigidos por Gustavo Madero, sostenían reñidas polémicas con reaccionarios y barristas, sin que ni unos ni otros se preocuparan de los graves problemas nacionales. Este periodo se caracterizó por la inercia y absoluta ceguera de los diputados maderistas, que se entretenían en discusiones fútiles mientras sus adversarios los empujaban al abismo. La desertión de Querido Moheno acabó de desmoralizarlos, y su espíritu decayó notablemente.

Querido Moheno, el «leader del porrismo», ex-director de *Nueva Era* y diputado por el Partido Constitucional, subió un día a la tribuna, declaró con cinismo que nunca había sido maderista, y terminó con estas audaces palabras: «¿Qué me coma en arsénico todo lo que he recibido del actual Gobierno!»

¿Qué le pasaba a Querido Moheno? El voluble político, después de haber agotado todos los recursos de la intriga, había comprendido que el campo maderista no era terreno abonado para su ambición y su codicia y que el Presidente Madero jamás haría de él uno de sus Ministros... Por otra parte, los aplausos que las barras opositoristas prodigaban a Lozano y a Olaguibel, lo sedujeron, y quiso a su vez ser aplaudido y fascinar con su verbosidad de histrión al auditorio.

De este modo el «triángulo» se convirtió en «cuadrilátero», y Moheno vino a ser la cuarta cabeza de la hidra.

Así las cosas, y preparado convenientemente el terreno para la restauración del antiguo régimen, estalló en México, como una bomba, la inesperada y fulminante noticia de que el brigadier Félix Díaz, sobrino del ex-Presidente, se había pronunciado en Veracruz, sublevando dos batallones y adueñándose del puerto y de la escuadrilla.



Capítulo XIII

El pronunciamiento de Veracruz

El brigadier Félix Díaz, cuyo retrato podía verse en aquella época en las vidrieras de algunas fotografías y tiendas de lujo de la Avenida de San Francisco, era un gallardo hijo del Colegio Militar, joven, bien parecido, medianamente ilustrado, elegante como un perfecto *gentleman* y más prendado de sus dotes físicas que cuidadoso del esplendor de su nombre: un buen mozo, en suma, a quien sentaba a las mil maravillas el traje militar y sobre cuya noble y espaciosa frente flotaba, como símbolo de su aristocrático orgullo, un hermoso plumero blanco. Sobrino del general Díaz, había alcanzado altas dignidades gracias a su favor, y alguna vez su nombre sonó como posible candidato a la Vicepresidencia de la República.

Sí el ex-Presidente Díaz hubiera contado algunos lustros menos, la oposición lo hubiera escogido como Jefe, indudablemente; mas como «a los ochenta años no se regresa de la isla del Elba,» el porfirismo aclamó como caudillo al joven sobrino del proscrito.

Félix Díaz era, a los ojos de los reaccionarios, un «avatar» de don Porfirio; llevaba su mismo apellido, era general como él, y lucía, a modo de penacho sobre su casco guerrero, un extraño prestigio de nobleza y de bravura.

Añádanse a esto su belleza varonil, y el sello de distinción que ponía a todos sus actos, y se comprenderá por qué era el ídolo de la alta aristocracia mexicana, que veía en él al representante y restaurador del antiguo régimen.

Porque Félix sumaba en sí todo el orgullo y los defectos de aquella sociedad afeminada, celosa de sus privilegios y envanecida de su estirpe, y formaba parte de la *jeunesse dorée* que en la danza loca de su existencia y en la embriaguez de los salones, no escuchaba los clamores del pueblo sediento de libertad y justicia.

Resuelto ya a dar el golpe, y contando, sin duda, con la cooperación de altos jefes militares, Félix Díaz solicitó y obtuvo su retiro del ejército; fingió un viaje al exterior, y se dirigió a Veracruz, donde en unión de su primo, el Teniente Coronel Díaz Ordaz, Comandante de la Plaza, se alzó en armas, desconociendo al Gobierno del señor Madero.

Las fuerzas sublevadas sumaban dos batallones y contaban con una o dos baterías de campaña. La escuadrilla de cañoneros, de la que en un principio se dijo que había caído en poder de Félix Díaz, permaneció fiel al Gobierno y mantuvo un estrecho bloqueo sobre el puerto hasta que las fuerzas leales recuperaron la plaza.

Félix Díaz se alojó en el Palacio del Ayuntamiento, y lanzó una proclama, invitando al ejército y al pueblo a la rebelión.

En esta curiosa proclama, el ex-brigadier declaraba solemnemente que sólo el amor a México y el anhelo de restablecer la «paz» lo habían impulsado a derrocar el régimen despótico del inepto señor Madero, cuya inexperiencia y falta de energía habían puesto la Nación al borde del abismo. Es decir, en nombre de la paz hacía la guerra, y en nombre de la Patria invitaba a sus nobles defensores a volver sus espadas contra ella.

Hasta entonces el ejército había permanecido fiel, y fué Félix Díaz quien arrojó sobre él la primera mancha, apartando de su deber a Díaz Ordaz y a los jóvenes oficiales que estaban de guarnición en Veracruz.

Digna fué en esta emergencia la actitud del elemento renovador del Congreso, a quien el peligro pareció devolverle su antigua energía. Cuando se supo que Díaz se había apoderado de Veracruz, el gran Urueta subió a la tribuna, y pronunció con voz conmovida una oración brillantísima, digna de Desmóstenes o de Vergniaud. «Brenno está a las puertas del Capitolio—dijo;—pero nosotros sabremos morir en nuestros puestos, como los senadores romanos, y mi sangrienta cabeza, clavada como la de Cicerón en la tribuna, hablará con más elocuencia que nunca a los verdugos de la República, reprochándoles su villana acción...» Iba a continuar; mas una tempestad de aplausos, que se prolongó por varios minutos, le cortó el hilo del discurso, y descendió de la tribuna en medio de una ovación delirante.

Temíase, no sin fundamento, que esta insurrección fuera seguida de otras muchas; mas con general extrañeza, todas las guarniciones de la República permanecieron leales al Gobierno, lo que permitió al señor Madero enviar con fulminante rapidez un ejército a recuperar la plaza.

Al frente de este ejército, que no sumaba dos mil hombres,

marchó el general Joaquín Beltrán, pundonoroso militar que dirigía en aquella época el Colegio de Chapultepec.

Un día Madero, siendo ya Presidente interino el licenciado de la Barra, visitó el célebre castillo, y formada la guarnición en su presencia, dirigió la palabra a los cadetes, y les dijo: «El Ejército debe ser siempre el sostén de las instituciones y no el apoyo de los tiranos. Por eso, cuando un gobernante rasga con su espada las leyes y pisotea la Constitución, el Ejército debe derrocarlo... En mi empresa revolucionaria, tuve ocasión de palpar los funestos resultados de la ciega obediencia a que el régimen militar somete a los individuos... Un momento de reflexión y el Ejército hubiera salvado al país, derrocando la Dictadura y estableciendo el régimen democrático.»

Entonces el general Beltrán, dirigiéndose al señor Madero, le dijo: «El Ejército, señor, no debe deliberar, sino atender siempre las órdenes que emanan de la superioridad. Combatimos contra vos, porque el general Díaz, en aquella época, representaba el Supremo Poder de la República y, mientras llevásemos espada, no debíamos discutir, sino acatar sus disposiciones, y mañana, si en virtud de una elección popular o por mandamiento del Congreso llegáis a ser Presidente, combatiremos por vos, sin analizar vuestros actos ni discutir vuestras órdenes.»

Madero encontró muy razonable este discurso, y una vez en la Presidencia, confirmó a Beltrán en su puesto de Director del Colegio Militar.

A este mismo Beltrán fué a quien Madero confió el mando supremo de las fuerzas que debían debelar la insurrección del brigadier Díaz en Veracruz.

El general Beltrán avanzó con su ejército hasta Soledad, y allí estableció su campamento.

En tanto, los rebeldes, que habían perdido un tiempo precioso esperando que el ejército se pronunciara en contra del Gobierno, trataron de apoderarse del castillo de San Juan de Ulúa, antigua fortificación colonial semejante al Morro de la Habana, edificada en un islote y que cierra la entrada del puerto, al que está unida por medio de un malecón; la guarnición se sublevó al grito de «¡Viva Félix Díaz!» y trató de unirse a los revoltosos; mas el comodoro Azueta, que comandaba la escuadrilla, ordenó el bombardeo del fuerte, y durante unos quince minutos cayó sobre éste una lluvia de bombas, derruyendo los viejos muros. Más de setenta sublevados perecieron en el malecón bajo los certeros disparos de los barcos, y sólo unos diez lograron juntarse con Félix Díaz. Terminado el bombardeo, una fuerza leal desembarcó en el islote y se posesionó del fuerte, donde de nuevo onduló la bandera de la legalidad.

Félix Díaz, en vez de disponerse a combatir, envió al comandante Migoni al campamento del general Beltrán, con el objeto aparente de tratar un asunto relacionado con la Cruz Roja; mas con el verdadero propósito de sobornar o atraer a su partido a algunos jefes; mas descubierta la intriga, Migoni fué reducido a prisión, fracasando así el pérfido plan del brigadier Díaz.

Beltrán dispuso sus fuerzas de modo que Díaz no pudiera escapar, y situó su artillería en los médanos, dominando la plaza, precisamente en el punto en que el ex-brigadier Díaz debió colocar la suya para repeler el ataque.

En la madrugada del 23 de octubre, varios certeros disparos de cañón, procedentes de la escuadrilla, obligaron a los rebeldes a evacuar los cuarteles, y la artillería de Beltrán a su vez rompió el fuego sobre la plaza desde los médanos.

Cogidos entre dos fuegos, la confusión de los rebeldes fué espantosa. Uno de los dos batallones, que se había visto obligado muy a su pesar a secundar el movimiento, se negó a disparar contra las fuerzas leales y durante la breve lucha que se originó en las calles, permaneció con el arma al brazo y en actitud expectante. Félix Díaz, que debió borrar con una muerte heroica la magnitud del desastre, entregó su espada y se rindió sin resistencia. Díaz Ordaz huyó disfrazado de mujer, traje que le sentaba admirablemente y que correspondía a su flaqueza; mas fué aprehendido no lejos de Veracruz por los agentes del Gobierno enviados en su persecución. Sus oficiales, excepto uno o dos que perecieron en la lucha, también se entregaron, y a las diez de la mañana del mismo día, ya las fuerzas leales estaban en completa posesión de la plaza.

Este triunfo inmenso le fué comunicado en el acto al Presidente Madero, quien felicitó efusivamente al general Beltrán y a las tropas por su noble comportamiento, y dispuso que en el acto se formara el consejo de guerra para juzgar al ex-brigadier Díaz y a los oficiales traidores.

La noticia de la captura de Félix Díaz fué recibida con demostraciones de júbilo por los maderistas y con profundo desaliento por los científicos, que esperaban que las fuerzas del general Beltrán se unirían a las de Díaz y juntas emprenderían la marcha sobre la capital, arrastrando de paso a las del general Blanquet, quien se encontraba ya en Esperanza, en camino para Veracruz, con la brava división con que había estado operando en Durango contra Emilio Campa.

El Consejo de guerra, celebrado en Veracruz a raíz de los acontecimientos referidos, y en el que figuraban los generales Maass y Dávila, condenó a muerte, conforme el artículo 313

del Código de Justicia Militar, al ex-brigadier Félix Díaz, al Teniente Coronel Díaz Ordaz y a toda la oficialidad de los batallones sublevados.

El momento era solemne. Presentábasele a Madero la misma situación que se le presentó a Juárez después de la toma de Querétaro. El sedicente emperador de México, el rubio archiduque de Austria, el nieto de Carlos Quinto, por cuyas venas corría la sangre azul de los Habsburgos, acababa de caer prisionero de las tropas republicanas. Reyes y príncipes intercedieron por su vida; embajadores y ministros diplomáticos trataron de salvarlo; el mismo Víctor Hugo desde Guernesey le envió a Juárez un mensaje en que el representante del pueblo, desterrado, imploraba piedad para el monarca cautivo; pero Juárez permaneció inexorable, y domando las rebeldías de su propio corazón, ordenó el fusilamiento, y en el trágico Cerro de las Campanas retumbó la descarga, que al cegar la existencia de Maximiliano, acabó para siempre con la reacción y demostró a la vieja Europa que la monarquía era imposible en América. Maximiliano pereció; pero salvóse México, y la figura de Juárez se irguió ante el cadáver del infortunado emperador más grande que la de Cromwell ante la forma rígida de Carlos Primero. Madero no era menos heroico ni abnegado que Juárez, y la Providencia, al colocar en su mano la suerte de Félix Díaz, brindábale la misma oportunidad que le ofreció al reformador de Guelatao. La ejecución del sobrino del ex-Presidente hubiera infundido un saludable temor en los «científicos» y hubiera acabado para siempre con las esperanzas de los reaccionarios, resolviendo de un golpe el problema de la pacificación de México.

Ninguna de estas razones se le escapaba a Madero, el cual, paseándose por la galería exterior del castillo, ante la ciudad de México que esperaba ansiosa su resolución, meditaba profundamente en el problema que acababa de plantearle el destino.

«Hélo aquí, pues—pensaba—al soberbio Félix Díaz, al sobrino de don Porfirio, en quien cifraban mis enemigos sus anhelos. Ese hombre, que osó rebelarse contra la Ley, está ahora bajo el peso de una sentencia de muerte, y la ejecución de la sentencia depende de mí, a quien esta sociedad rebelde y corrompida juzga débil e irresoluto, sin comprender que más energía se necesita para gobernar con la Ley que a espaldas de la Ley, pues ésta circunscribe los actos del mandatario a los preceptos constitucionales y entraba su acción, en tanto que el sistema despótico le brinda la oportunidad de deshacerse de

sus enemigos en la sombra y en el misterio y pone en sus manos la vida y la hacienda de todos sus gobernados».

Un numeroso grupo de la llamada «Porra» se dirigió a Chapultepec, pidiendo a grandes gritos la cabeza de Félix Díaz. Madero recibió a los jefes de la manifestación en el alcázar, y les dijo, frunciendo con gravedad las pobladas cejas:

«Señores: no venganza, sino justicia es lo que en los actuales momentos pide la nación y yo demostraré a todos los mexicanos que, si hasta ahora he sido suave y benigno, esperando que los perturbadores del orden volvieran sobre sus pasos y aceptaran el sistema democrático que ha iniciado mi Gobierno, en adelante seré inexorable en el cumplimiento de mis deberes».

Luego, una comisión de señoras de lo más granado de la alta sociedad mexicana visitó al Presidente, para implorar por la vida del rebelde. ¡Ah, cómo aquellas ilustres damas, flor y nata del porfirismo vencido, tuvieron que domar su orgullo para abatirse a las plantas del Héroe en demanda de perdón para el culpable! Madero las recibió cortésmente, y les dijo con severidad:

«Señoras: yo no soy más que el ejecutor de la ley, y tan indigno de mí sería el perdón como la venganza. Yo no aconsejé al señor Félix Díaz que se alzara en armas, apartando de la obediencia a dos batallones, y tampoco lo he condenado a muerte por su deslealtad y rebeldía. Un Consejo de guerra lo ha juzgado, Consejo en que tomaron parte jefes pundonorosos del Ejército. Yo no he de interponerme entre la ley y Félix Díaz. Si algún recurso legal puede amparar su vida, que se ponga en práctica. Yo no lo salvaré; pero yo tampoco lo ajusticiaré. Una coincidencia providencial hace que un Consejo de guerra condene a muerte a Félix Díaz en el mismo lugar donde inicua-mente fueron asesinados tantos infelices por orden del ex-Dictador. Esos individuos tenían madre, esposas e hijos, y nadie imploró por ellos misericordia, y se les vió fusilar friamente, con suprema indiferencia. ¿Y cuál fué su crimen? Amar a México y anhelar su libertad. También los soldados leales que acaban de caer en Veracruz en defensa de las instituciones, tenían madres, esposas e hijos, y Félix Díaz fué la causa de su muerte. Yo no soy vengativo. Creo haber dado pruebas de lo contrario. Pero la piedad tiene un límite, y en un jefe de Estado es un crimen lo que en un individuo cualquiera es una virtud».

Tales fueron las palabras de este varón magnánimo y justiciero, cuya vida fué un homenaje ferviente y una adoración continua a la Ley, en cuyas aras fué inmolado.

La comisión se retiró indignada, y una vez entre la seda de

sus afelpados automóviles, las ilustres damas dieron rienda suelta a su cólera. Al llegar a sus palacios, refirieron a sus parientes el éxito de sus gestiones, pintando con los más negros colores la descortesía, altivez y crueldad de Madero, que se había gozado en humillarlas y a quien era preciso derrocar a todo trance. Una oleada de carmín teñía las mejillas de las nobilísimas señoras, y la indignación las hacía hablar entrecortadamente. «¡Talvez—exclamaron—Félix Díaz a estas horas está bajo tierra!»

Sin pérdida de tiempo, el licenciado Rodolfo Reyes y otros amigos del ex-brigadier, presentaron un escrito a la Corte Suprema de Justicia, en demanda de amparo, pues según decían, Félix Díaz no podía ser juzgado por un tribunal militar, porque, antes de la sublevación se había despojado de ese carácter, y ya no era más que un simple ciudadano.

La Corte, compuesta en su mayoría de elementos afechos al antiguo régimen, acogió el amparo, y ordenó que, en tanto que se tramitaba la causa según las leyes ordinarias, la ejecución se interrumpiera.

Aconsejaban a Madero que hiciera cortar la línea telegráfica, a fin de que el mensaje no llegara a Veracruz a tiempo de salvar al reo, y luego, se atribuyera a los zapatistas la destrucción de los postes y los hilos. Madero se negó terminantemente a ello, diciendo: «Si esto hiciera yo, ¿no procedería igual que don Porfirio? Entonces, ¿a qué la Revolución? Si yo apelara a los antiguos métodos, renegaría de mi obra, y la sangre de siete o diez mil mexicanos derramada en los campos de batalla en aras de la libertad, caería sobre mi cabeza. Aunque ello sea causa de mi ruina, yo debo persistir hasta lo último».

Y el mensaje llegó a Veracruz!

Félix Díaz, rescatado milagrosamente del patíbulo, fué internado en la fortaleza de San Juan de Ulúa.

Díaz Ordaz y sus compañeros de traición fueron encerrados en la misma fortaleza. Madero pudo haber dejado que se cumpliera en ellos la sentencia del tribunal militar, pues no estaban en el mismo caso que el ex-brigadier Félix Díaz; mas ya que el verdadero culpable se escapaba de la acción de la justicia por una simple argucia jurídica, no quiso que el rigor de la ley cayera sobre los oscuros instrumentos de su desenfrenada ambición.

Háse juzgado este rasgo de Madero como una muestra de debilidad por unos, y como un rasgo de generosidad por otros. Recuerdan, los que sostienen la primera teoría, sus complacencias con Orozco, Zapata, Salgado, Almazán y otros cabecillas, y su acatamiento inexplicable a las Cámaras espúreas. Recuerdan los otros su inextinguible bondad, la salvación de Nava-

rro y de Villa, y su caballeresca conducta con Reyes. Ni unos ni otros estaban en lo justo. Madero no odiaba a Díaz; mas ya había palpado la ineficacia de su política de conciliación y estaba resuelto a proceder con energía contra los enemigos del orden. La ley: he aquí la causa de la salvación de Díaz y de la ruina del Apóstol. Estamos seguros de que si la Ley no se hubiera interpuesto entre ambos, las playas de Veracruz guardarían el cadáver del culpable, y Francisco I. Madero gobernaría aún en Anáhuac, rodeado del amor y de la admiración de su pueblo. Profesaba el heroico Presidente a esa deidad hermosa y austera una idolatría semejante a la del Cimourdain de Victor Hugo, que condenó a muerte a su discípulo amado, y luego se voló la tapa de los sesos.

Desde este momento, Madero quedó a merced de sus enemigos. La Ley inexorable los protegía, y a su sombra fraguaban complots y entonaban himnos a la rebeldía, confiados en la impunidad.

Se dijo que las fuerzas del Gobierno habían entrado a Veracruz con bandera blanca y que Beltrán se había apoderado de Díaz a traición; se ensalzó el valor y la gallardía de éste y se lamentó su infortunio; la Corte se ensoberbeció con su pretendida victoria; el Senado negóse a autorizar el empréstito de cien millones que solicitaba el Ejecutivo; el grupo reaccionario del Congreso de nuevo hizo gala de su desfachatez e insolencia, y desde las columnas de los periódicos se concitaba abiertamente a la rebelión e instigábase al Ejército a fin de que desconociera al Gobierno.

Como corriera el rumor de que se preparaba un complot en Veracruz para libertar al prisionero, el Gobierno ordenó que se trasladara a éste a la Penitenciaría de la ciudad de México. Esto dió lugar a alarmas y zozobras entre el elemento científico, pues en el primer momento se creyó que Madero, echando mano de los antiguos métodos, le haría aplicar la ley fuga a Félix Díaz en el camino; mas, con sorpresa de todos, el reo llegó sano y salvo a la capital, y fué internado en la Penitenciaría del Distrito.

Aparentemente, la situación no podía ser más bonancible. La revolución de Orozco había sido aniquilada; Zapata se sostenía difícilmente en las montañas; los hermanos Vázquez Gómez habían sido eliminados por completo de la política; la Liga de Defensa Social habíase disuelto; Reyes se encontraba en la prisión de Santiago y Félix Díaz en la Penitenciaría. Por otra parte, casi toda la prensa estaba en manos de amigos del Gobierno. «El Imparcial» y «El Diario» habían sido comprados por miembros de la familia Madero, y a excepción de «El País» que es-

taba en venta, la oposición no contaba con un solo órgano importante en el periodismo nacional. Sin embargo, el horizonte estaba completamente nublado; en el Ejército fermentaba el descontento, y aplicando el oído a la situación, hubiérase podido escuchar, en medio de aquella calma inverosímil, el sordo rumor de las piquetas revolucionarias que minaban los cimientos del gobierno del señor Madero, y los siniestros traquidos que anunciaban el desquiciamiento del nuevo régimen.



Capítulo XIV

La semana trágica

En la fecha en que ocurrió el levantamiento de Veracruz, el Gobierno federal descansaba únicamente en la lealtad del Ejército.

Todo el prestigio del caudillo revolucionario se había deshecho como espuma. Rodeado de «científicos», alejado de las masas, el Apóstol ya sólo se mostraba al público en las ceremonias oficiales, y el pueblo de México lo miró con profunda indiferencia pasar el 5 de febrero, en carruaje descubierto, por la avenida de San Francisco, en medio de dos hileras de soldados y seguido por el cuerpo diplomático, un escuadrón de los guardias presidenciales, los cadetes de Chapultepec y una sección de artillería

Ya no estallaban a su paso vítores ni aplausos; ni la gratitud ni el entusiasmo llovían flores sobre su noble frente.

Sin embargo, el pueblo, ese eterno niño engañado, continuaba amándolo, y callaba su desencanto, esperando siempre un cambio radical en la política.

Desgraciadamente, ningún ideal sustentaba, en la apariencia, el nuevo Gobierno, que, como barco sin piloto y sin timón, navegaba en el mar proceloso de la política, azotado por las olas y mordido por los vientos. En épocas de turbulencia, un Gobierno no puede vivir sin un ideal definido. No basta la legalidad a darle fuerza. Es preciso que despliegue una bandera de combate, como la desplegó Juárez, cuando, desde el Sinai de la República mexicana, lanzó a la plebe, pletórica de entusiasmos bélicos, el decálogo de la reforma. La legalidad es un ideal demasiado abstracto para que por ella luchen las masas. El pueblo necesita concretar en algo real, palpable, corpóreo, por decirlo así, sus odios y sus amores. En Madero había personificado sus ansias libertarias, y en Díaz y en Reyes sus temores de escl

vidud. Mientras aquéllos constituyeron una amenaza, el pueblo siguió a Madero; mas, una vez conquistadas y afianzadas las libertades, desapareció el temor, y el prestigio del caudillo principió a declinar. Si Madero en ese momento crítico enarbola la bandera de la reforma agraria, salva a su gobierno y salva al país.

Por mucho amor que le profesemos a la memoria del Apóstol, fuerza nos es confesar que, en aquel momento, no estuvo a la altura de las circunstancias. El creía que la legalidad bastaba a darle fuerza a su gobierno, y pagó su error con la vida. Su apego a las instituciones lo perdió. Quería efectuar la reforma agraria blandamente, sin apartarse un punto de la ley. Su plan era expropiar, por causa de utilidad pública, grandes extensiones de terreno, invertir en esta obra parte o el todo de un empréstito de cien millones, y devolver a los pueblos sus ejidos. Pero la nación estaba impaciente y había perdido la fe en su Gobierno. Era indispensable una medida violenta, y ni el Ejecutivo ni el Congreso se atrevieron a cortar de un tajo el nudo gordiano. Mas el solo anuncio de la expropiación puso alerta a los acaparadores de tierras, y los intereses amenazados se aprestaron a la defensa.

El elemento extranjero, que se había enriquecido durante la larga dictadura del general Díaz, miraba con marcada zozobra las tendencias reformistas de Madero.

México, durante los últimos años del gobierno porfirista, habíase convertido en un enorme mercado, a donde afluía gente de todas partes del mundo a hacer fortuna, de modo que el país se llenó de aventureros sin patria, sin religión y sin familia, cuyo dios era el oro y que, como los gitanos, plantaban su tienda allí donde Mercurio se les manifestaba propicio. En breve, el Paseo de la Reforma y las bellísimas «colonias», se llenaron de palacios, donde estos magnates improvisados vivían en medio de un lujo asiático. El acaparamiento de minas y de tierras fué tan escandaloso que ya en México no podía encontrarse un palmo de territorio que no perteneciera a tal, o cual capitalista americano, alemán o español. Todo estaba subastado, vendido, y el hijo del país pordioseaba a las puertas de los palacios de los Cresos extranjeros.

El elemento español, muy numeroso y esparcido por todo el territorio, era, con raras excepciones, partidario del régimen de la «mano de hierro» y precorizaba la bala y el fuego como únicos medios de pacificar la nación.

Los españoles poseían grandes haciendas en los Estados del sur, y dominaban en muchas partes el comercio. Inteligentes, sagaces y activos; pero ávidos de oro, llegaron a constituir

una fuerza dentro del Estado. Apoyaron la política de don Porfirio, y cuando éste cayó, rodearon a Reyes, a de la Barra y a Félix Díaz. Comerciantes sobre todo, poco les importaban las miserias del pueblo mexicano, y algunos mostrábase partidarios de la intervención yankee, imaginando que, bajo el áureo cetro del imperialismo de la Casa Blanca, el comercio y la industria florecerían y la plata en corriente inagotable afluiría a sus cajas.

Entre todos, señalábanse por su perversidad y saña los llamados *gachupines*, peninsulares de baja ralea, que sabían infiltrar el veneno en el alma ciega de la muchedumbre, diciéndoles a los ingenuos *votos* o *pelados*, desde los mostradores de los empeños, tenduchos y pulquerías, convertidos en tribunas: «¿Y bien? ¿Qué han ganado ustedes con su Madero? Ahí lo tienen, y sin embargo, las cosas marchan peor que antes, en que había pan y paz».

Los reporteros y caricaturistas españoles formaban más del cincuenta por ciento de la célebre Asociación de Periodistas metropolitanos, guarida de escritorzuelos que no podían recordar sin coraje los dorados tiempos de Limantour y de la Barra, en que el «periodista» era el comensal obligado en los banquetes oficiales y tenía en el bolsillo cheques contra el Tesoro.

«¡La paz a toda costa!» era el grito de los propietarios que veían taladas sus haciendas y las cosechas perdidas; de los comerciantes, cuyas ventas habían disminuído en un diez o veinte por ciento; de los banqueros, contratistas y agentes de negocios y de los extranjeros en general, a quienes poco o nada se les daba del angustioso problema mexicano y para quienes la nación no era más que un inmenso mercado abierto a la explotación mundial.

«Hace falta una mano de hierro para acabar con el bandolerismo y darle seguridad al comercio»—decían, y recordaban con fruición el célebre apotegma del general Díaz: «¡Menos política y más administración!»

El establecimiento de la jornada de diez horas y otras concesiones a los obreros, eran también motivo de hondo disgusto entre la clase rica, que veía con zozobra la tendencia ultra-socialista del nuevo Gobierno.

El clero, reaccionario y barrista, maquinaba en las tinieblas para derrocar al Presidente, cuyas ideas liberales constituían una amenaza para la legión negra, que poco a poco había vuelto a establecer en México sus conventos o *casas de meditación*, con desprecio de las leyes de Reforma.

El Ejército, por su parte, envanecido por sus victorias, considerábase el único sostén del Gobierno, y sólo por un resto

de pundonor y lealtad continuaba sirviendo a un régimen que detestaba, originándose de ello que los jefes en campaña veían con indiferencia los progresos de la revuelta, y, pudiendo copar y destruir al enemigo, lo dejaban acampar a uno o dos kilómetros de la fuerza federal. Los oficiales pisoteaban el retrato de Madero, y aclamaban al general Díaz en los combates. Era, pues, evidente que la mina estaba cargada y que sólo hacía falta la chispa que debía producir la conflagración.

Tal era la situación del Gobierno cuando el 9 de febrero de 1913 la ciudad de México amaneció envuelta en las llamaradas de la insurrección militar.

Para relatar los episodios de aquellos tremendos días, necesitaríamos poseer la pluma con que el inmortal Hugo pintó los cuadros de sangre y heroísmo del 93 y del *Año terrible*, o el pincel trágico con que Goya trasladó al lienzo las memorables escenas del 2 de mayo. Recojamos, no obstante, las impresiones de angustia y horror que todavía perduran en nuestra mente torturada por téticos recuerdos, y tracemos con nuestra mano, aún trémula, los cuadros espantosos en que las imágenes flotan en un ambiente de tragedia, y hay Macbeths que acarician en las sombras el pomo del puñal, y Glocesters que se recuestan y duermen tranquilamente en el lecho de sus víctimas.

El complot se fraguó en la Habana. El general Manuel Mondragón, hermano del célebre inventor de cañones Enrique Mondragón, a raíz de la captura de Félix Díaz, formó en esa ciudad un núcleo revolucionario, en sociedad con el general Gregorio Ruiz y un individuo llamado Cecilio Ocón, que parecía ser uno de los jefes principales. La fecha señalada para el levantamiento era el 18 de febrero. En esa fecha, el general Mondragón, valido del ascendiente que tenía sobre la artillería, de la que durante varios años fué jefe, sublevaría los regimientos de esa arma que estaban de guarnición en la capital, y con ellos pondría en libertad a los generales Reyes y Díaz y se apoderaría de Palacio, en tanto que los alumnos del Colegio Militar harían prisionero al Presidente de la República en el alcázar.

El señor Madero tuvo conocimiento del plan que se fraguaba, y ordenó al Ministro de la Guerra y al Inspector General de Policía, que se aseguraran de la fidelidad de los respectivos cuerpos y prendieran a los culpables.

Mas el Presidente estaba rodeado de traidores. Alguien llevó el soplo a Mondragón, que vivía oculto en Túcubaya, y éste resolvió precipitar los acontecimientos, señalando el 9 de febrero para la insurrección.

El 8 supo el Presidente el cambio de fecha, y ordenó al

Inspector de la Policía, mayor Emiliano López Figueroa, que aprehendiera sin pérdida de tiempo a los conspiradores, cuyos domicilios habían sido descubiertos.

Gustavo Madero, la noche de ese día, encontrábase comiendo con varios amigos, cuando, a los postres, sacó su reloj, y les dijo sonriendo: «Señores, les participo que, dentro de pocas horas estallará un movimiento revolucionario», y como sus comensales se miraran estupefactos, Gustavo continuó: «pero no tengan cuidado: el Inspector de la Policía tiene ya los nombres y los domicilios de los revoltosos, los que, a estas horas, deben de estar en la Penitenciaría, y si el movimiento estalla, será fácil debelarlo. Podemos, pues, dormir tranquilos».

¿Por qué no se llevaron a cabo las aprehensiones? ¿Cómo pudo estallar un movimiento, conocido con tanta anticipación, sin que se tomaran las precauciones debidas para sofocarlo? La traición se encargará de contestar a estas preguntas.

El movimiento principió a la 1 a. m. del 9 de febrero. A esta hora, los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes se sublevaron a los gritos de «¡Viva el general Reyes! ¡Viva Félix Díaz!»; encerraron a sus jefes en los calabozos de la escuela, y se dirigieron a la prisión de Santiago, donde los esperaba el general Reyes con traje de campaña, sombrero de fieltro y botas de montar. La guardia no hizo la menor resistencia, y el prisionero montó a caballo con agilidad impropia de sus años, se envolvió en su capa gris perla que el viento de la noche hacia ondular, y se puso al frente de los aspirantes, que lo aclamaban. ¡Libre, libre al fin, y tocando con la mano la áurea cima de la Presidencia, anhelo de toda su vida! Y luego, la venganza, placer de los dioses! Madero, humillado, abatido a sus pies, cautivo, a su disposición! El corazón de Reyes saltaba de júbilo. Y así, envuelto en las tinieblas del amanecer, entre las que el alba principiaba tímidamente a insinuarse con un temblor violáceo en el horizonte, aquel hombre, impulsado por el Destino, esclavo de la Fatalidad, se dirigió hacia palacio al frente de los aspirantes. La legión fantástica avanzaba por el camino, y a la cabeza se veía al predestinado caudillo en su cabalgadura, como una sombra sobre otra sombra.

A la misma hora, el general Mondragón sublevaba en Tacubaya a 300 dragones del primer regimiento y a 400 del segundo y del quinto de artillería. Estas fuerzas se dirigieron al cuártel de la Libertad, donde se les juntaron 100 hombres más del primer regimiento, y encamináronse a la Penitenciaría; emplazaron los cañones frente al edificio, y lograron libertar a Félix Díaz, quien abrazó a Mondragón y montó a caballo, pálido y tembloroso como un reo a quien conducen al suplicio. En

el sombrero llevaba, quizás como símbolo o como coquetería impropia de las circunstancias, un ramo de violetas...

En tanto, un grupo de aspirantes se posesionaba de Palacio (1) y aprehendía al Ministro de la Guerra, quien quedó detenido en la pieza de Prevención.

En aquella época era Jefe de la primera zona y Comandante de la plaza de México, el anciano divisionario Lauro Villar, uno de los militares más pundonorosos del ejército mexicano. Los conspiradores, que conocían de larga fecha la proverbial rectitud del viejo soldado, no se atrevieron a solicitar su apoyo, convencidos, por otra parte, de que Villar, a causa de sus años, no podría oponer gran resistencia, en caso de que tratara de hacerlo.

Pero Villar era un hombre indomable. Dirigiase de su casa a Palacio para hacer la visita de inspección reglamentaria, cuando vió a un grupo de aspirantes que se dirigía rumbo a la Plaza de la Constitución, procurando alistar una ametralladora en un carro. Tomó un coche y los siguió, convenciéndose de que iban a ocupar Palacio. Inmediatamente, encaminóse a los cuarteles del 24.º batallón y del 20.º, en cada uno de los cuales no encontró sino setenta u ochenta hombres, y con ellos se dirigió a Palacio, penetrando por el cuartel de zapadores, cuya puerta fué necesario hacer pedazos.

Ninguna resistencia presentaron los aspirantes que ocupa-

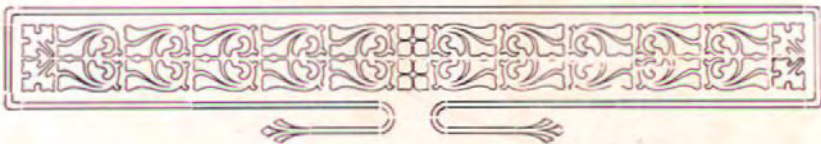
(1) El Palacio Nacional de México es un vasto edificio cuyo frente ocupa todo el lado oriental de la Plaza Mayor o de la Constitución, formando ángulo con la majestuosa catedral. Primitivamente fué propiedad de Cortés, quien lo adquirió por real cédula de 6 de julio de 1529. La familia de Cortés continuó en poder del edificio hasta 1562, año en que el rey lo compró para morada de los virreyes. Desde esa fecha principió a extenderse, para dar cabida a las diversas dependencias del Gobierno, hasta ocupar una superficie de más de 40.000 metros cuadrados. La construcción descansa sobre las ruinas del palacio de Moctezuma, y ha sido en diversas épocas teatro de sangrientas escenas. Fué palacio de Inturbide, de Santa Anna, de Maximiliano, de Juárez, y de Díaz; pisaron sus alfombras virreyes, dictadores, magistrados y monarcas, y sobre el balcón principal, donde hoy está la campana de Dolores, flotó la bandera de las barras y de las estrellas. El edificio, de dos pisos y de escaso valor artístico, es una enorme masa de piedra y mampostería, predominando en algunas secciones el tezontle, que es una piedra dura, porosa y muy liviana, que abunda en el valle de México. Contiene la Presidencia, las Secretarías de Hacienda y de Guerra, la Tesorería General, el Senado, la Comandancia Militar, la Intendencia de las residencias presidenciales, el Archivo General, el Museo Nacional, dos cuarteles y los observatorios astronómico y meteorológico. En su interior hay un jardín y varios patios, uno de los cuales cubre una área de más de 5.000 metros cuadrados, y está rodeado de arcos de estilo colonial. El general Díaz llenó los grandes salones, artesonados como los de Versalles, de tapices de seda, alfombras de moqueta, cortinajes de damasco, molduras doradas, arañas de lince, retratos de héroes y cuadros de batallas, pintados por célebres artistas, estatuas de bronce, jarrones de mármol y alabastro, riquísimas consolas y valiosos muebles de áurea filigrana y regia marquetería. Cada uno de estos salones recibió un nombre por el color de su mobiliario, de sus tapices y de sus cortinajes. Así eran famosos el «salón verde», el «salón rojo» y el «salón amarillo», que el general Díaz utilizaba especialmente para las recepciones diplomáticas, las ceremonias oficiales, las audiencias públicas y las conferencias íntimas.

Entrase a Palacio por tres puertas principales, a cuyos lados hay sendas garitas, donde hacen la centinela varios soldados: la puerta central, la de la Presidencia o de honor, y la famosa puerta Mariana, por donde se entra al Ministerio de Hacienda.

Illuminado en las festividades nacionales, Palacio presenta un soberbio golpe de vista, y su gran patio, alfombrado de césped y lleno de arbustos y de rosales floridos y aún de surtidores, como un jardín de Rusiñol, ofrece una perspectiva maravillosa.



El Presidente Madero en la Avenida de San Francisco



ban el edificio. Villar los llamó, y sin objetar palabra, depusieron su actitud bélica, entregando sus armas y doscientos cartuchos cada uno, con los que municionó a su pequeña tropa. Acto seguido, puso en libertad al Ministro de la Guerra, que estaba preso en la pieza de Prevención, y éste se dirigió a Chapultepec a participar lo que ocurría al Presidente de la República (2).

Sin perder tiempo, el viejo divisionario organizó su fuerza y la colocó en línea desplegada, pecho a tierra, en la acera, que en México se llama *banqueta*, emplazando en el centro una ametralladora.

En ese momento desembocó en la plaza, a izquierda de los defensores de Palacio, un numeroso grupo de aspirantes y militares de diversos regimientos, a cuyo frente venía el general Reyes, en un caballo retinto, cubierto con su capa militar gris perla y con el sombrero de fieltro en la mano, arengando a los que lo aclamaban.

Villar los dejó avanzar hasta el centro; mas en el preciso instante en que Reyes, caracoleando su caballo, se dirigía hacia la puerta principal, se rompió el fuego por una y otra parte, y las ametralladoras dejaron oír su traqueteo fúnebre, vomitando millares de balas, y haciendo entre los aspirantes y la multitud que en ese momento llenaba la plaza, la matanza más espantosa.

El general Reyes cayó muerto a los primeros disparos, y su cadáver quedó tendido sobre el asfalto. El coronel Morelos también cayó, herido por proyectiles que en todas direcciones se disparaban, y el anciano general Villar fué tocado en un hombro.

Era domingo, y una gran muchedumbre salía de misa. Al silbar de las balas, aquel gentío, aterrorizado, intentó ganar los portales de Mercaderes y de las Flores, y como el fuego de Palacio estaba concentrado en estos sitios, la carnicería fué horrible. Niños, mujeres y ancianos cayeron cegados como mieses bajo la hoz; los jardines estaban cubiertos de cadáveres, y en torno del kiosko del tranvía y en los portales, advertíanse montones informes de carne humana. Las balas rebotaban en el asfalto, produciendo el fragor de una fuerte granizada; los vidrios de las tiendas se hicieron añicos y las estatuas de bronce del Zócalo quedaron perforadas como cedazos. En veinte minutos que duró el fuego sin interrupción, hubo, aproximadamente, quinientos muertos y dos mil heridos. Allí quedaron el infeliz *papelero*, (3) con sus periódicos apretados al corazón, el humilde

(2) Relato del general Lauro Villar, a un redactor de «El Imparcial», en el Hospital Militar de Instrucción.

(3) Vendedorcito de periódicos.

limpiabotas, descalzo y semidesnudo, con su caja de betunes a un lado, el mozo de cordel y la señorita distinguida, el infortunado auriga y la anciana de cabellos blancos, todos en medio de un gran charco de sangre, con los ojos desmesuradamente abiertos y como interrogando al cielo la causa de aquella terrible hecatombe...

Un grupo de aspirantes se posesionó de las torres de la catedral, y desde allí hacía un fuego mortífero sobre los leales. El general Villar ordenó que se les hicieran varias descargas, y después de alguna resistencia, se entregaron, quedando detenidos con todos sus compañeros en las cocheras de Palacio.

Al tener noticia de la rebelión, el Presidente Madero, que estaba en su residencia de Chapultepec, montó a caballo, y acompañado únicamente de varios cadetes del Colegio Militar, se dirigió al centro de la ciudad.

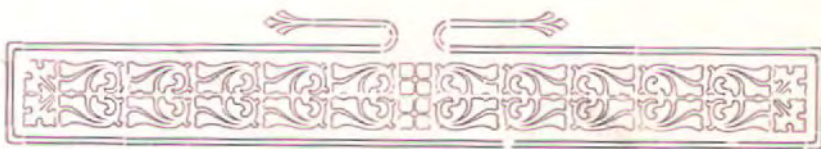
Digna es de admirar la actitud desplegada por estos nobles muchachos, muy digna de la tradición de honor e hidalguía del histórico Colegio. Los cadetes de Chapultepec pertenecían todos a las mejores familias mexicanas, las cuales eran desafectas a la política del Presidente Madero. En el plan revolucionario, se les había asignado la misión de prender al Presidente. Sin embargo, se negaron a ello, y cuando estalló el movimiento, se presentaron al señor Madero y se pusieron a sus órdenes, renovándole sus juramentos de lealtad. ¡Conducta que formaba notable contraste con la de los aspirantes, hijos éstos de familias oscuras, e iniciados muy temprano en la escuela de la traición!

Al llegar frente al Teatro Nacional, un grupo de sublevados hizo unos cuantos disparos al señor Madero y a su reducida escolta, por lo cual el Presidente se vió obligado a refugiarse en la fotografía Daguerre, en donde no tardaron en unírsele los Ministros de Hacienda y de Fomento y el general VICTORIANO HUERTA.

La muchedumbre, que se había congregado al pie del edificio, principió a aclamarlo con entusiasmo, y el señor Madero se asomó al balcón y saludó sonriendo al pueblo. Detrás de él se veía el rostro fatídico de Huerta..

Madero volvió a montar a caballo, y se dirigió a Palacio por la avenida de San Francisco, seguido por un grupo heterogéneo de paisanos y soldados con banderas. Cruzó ante la catedral, con el sombrero en la mano y arengando a la muchedumbre, y entró a Palacio por la puerta de honor. Ni un solo instante se desmintió su bravura, y atravesó sereno aquel campo de muerte, bajo las balas de los que aún ocupaban las torres de la catedral.

Restablecido ya el orden en aquella sección de la ciudad,



El señor Madero se asomó al balcón y saludó sonriendo al pueblo
Detrás de él se veía el rostro fatídico de Huerta... (Pag. 194)

